

ECOS DE LOS SÓVIETS



ECOS DE LOS SÓVIETS



Biblioteca Nacional de la República Argentina

Ecos de los soviets; compilación de Horacio Tarcus y Javier Planas; prólogo de Alberto Manguel. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Biblioteca Nacional, 2017.
92 p. ; 27 x 20 cm.

ISBN 978-987-728-093-7

1. Revolución Rusa. 2. Catálogo. I. Romero, Luis Alberto, colab. II. Tarcus, Horacio, coord. III. Planas, Javier, coord. IV. Manguel, Alberto, prolog.
CDD 947

© 2017, Biblioteca Nacional Mariano Moreno
Agüero 2502 (C1425) CABA
www.bn.gov.ar

ISBN 978-987-728-093-7

Impreso en Argentina
Hecho el depósito que marca la ley 11.723

ECOS DE LOS SÓVIETS

OCTUBRE 2017 - MARZO 2018



Biblioteca Nacional
Mariano Moreno



"La huelga", grabado de Abraham Regino Vigo, serie *Luchas proletarias*, 1935.

7 La Revolución rusa
Por Alberto Manguel

11 Un ciclo revolucionario
Por Claudio Ingerflom

19 Una revolución ¿Puede ser espontánea?
Por Georges Didi-Huberman

29 El amante de la revolución
Por Boris Akunin

33 Literatura y revolución
Por Omar Lobos y Alejandro González

41 El impacto de la Revolución rusa en las izquierdas argentinas
Por Augusto Piemonte

47 La Semana Trágica y el caso Pedro Wald
Por Florencia Ubertalli

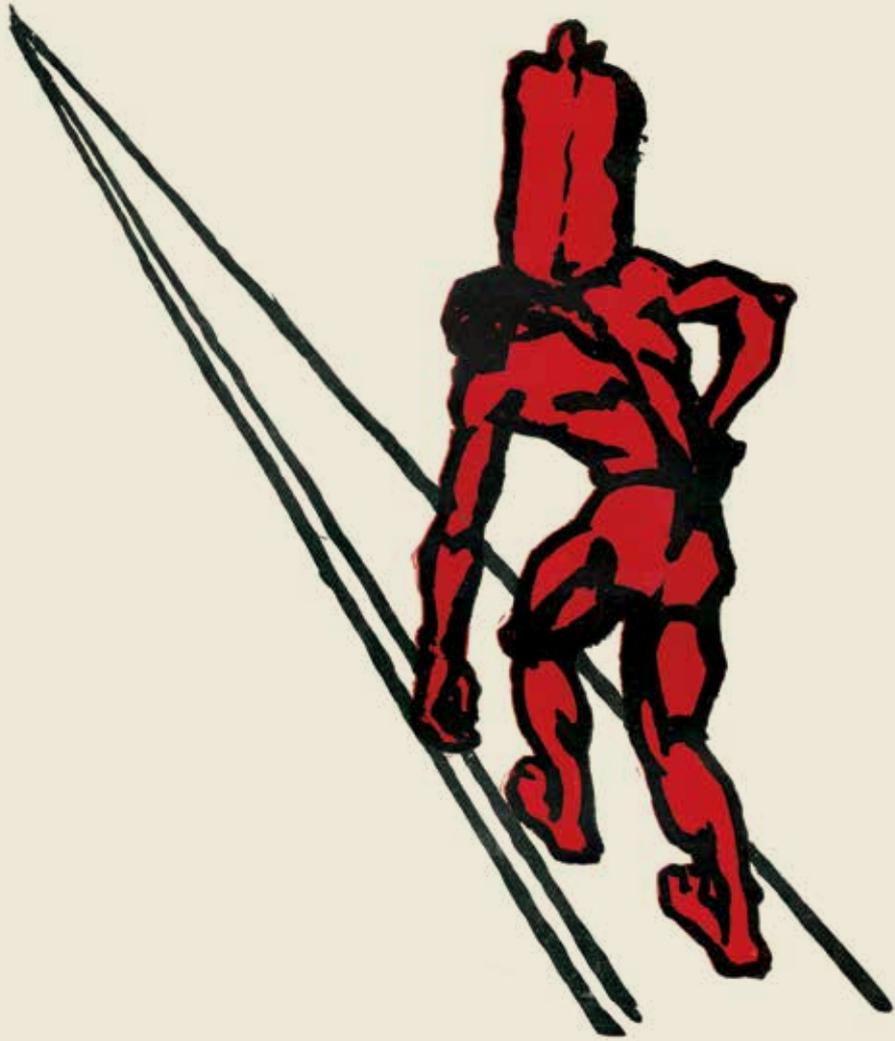
51 El fantasma de la revolución y la formación de una nueva derecha
Por Luis Alberto Romero

59 La Revolución rusa y la generación argentina de 1917
Por Horacio Tarcus

69 Derivas de la literatura rusa en Argentina
Por Lucía Vera Cytryn

73 Publicaciones argentinas ante la irrupción del bolchevismo
Por Natalia Bustelo

81 Imágenes de (y para) la revolución
Por Magalí Andrea Devés



LA REVOLUCIÓN RUSA

Cuando Hegel propuso como metáfora de la historia universal la imagen de un gran río cuyo fluir deja de lado ciertas regiones como África y Siberia porque no influyen mayormente en su curso, dio voz a un antiguo prejuicio nacionalista que supone que el acontecer de cada una de nuestras sociedades es independiente del devenir de ciertas otras. Prueba de este error se verifica en un conjunto de eventos tan diversos como la caída de Roma en septiembre del 476, la Revolución francesa de 1789 y la Revolución rusa de 1917, que repercutieron en el mundo entero y tuvieron consecuencias fundamentales en los lugares más dispares del planeta. Las atrocidades de la Primera Guerra Mundial (y también de la Segunda), la China de Mao, la Cuba de Fidel Castro, la Guerra de Vietnam, Mayo del 68, el Muro de Berlín y su caída, la truncada Primavera Árabe, fueron algunas de las muchas y extensas sombras proyectadas por aquella Revolución que tuvo uno de sus posibles inicios en enero de 1905, en San Petersburgo, cuando la Guardia Imperial abrió fuego sobre los manifestantes del pueblo, reunidos frente a las puertas del Palacio de Invierno del zar.

También en nuestro país esos lejanos acontecimientos tuvieron repercusiones importantes en nuestra política, nuestra literatura y nuestras artes. Bajo el gobierno de Yrigoyen, gracias al influjo de ideas socialistas, se afianzó el incipiente movimiento obrero y los grupos estudiantiles exigieron la Reforma Universitaria de 1918, que se extendió a toda América Latina. Ya en marzo de 1917, el senador socialista Del Valle Iberlucea había publicado en el diario *La Vanguardia* un elogio de la Revolución que puede ser leído sobre todo como un razonable deseo utópico: “El espíritu de la humanidad se dirige hoy hacia el antiguo imperio de los zares. Se comprende que el triunfo de la Revolución moscovita importara el advenimiento de un nuevo régimen social, donde no existirá el contraste de la riqueza y la miseria, porque la propiedad será un derecho real de los productores, que gozarán todos del bienestar necesario”. Desde nuestro abatido siglo XXI, seguimos esperando ese milagro necesario.

En el campo literario, los escritores argentinos también elogiaron el distante fervor revolucionario. Previsiblemente, los escritores de izquierda Álvaro Yunque, Elías Castelnuovo, Nicolás Olivari y Leónidas Barletta compusieron versos entusiasmados. Más inesperadamente, el veinteañero Jorge Luis Borges también. En 1919 apareció en España su colección *Los salmos rojos*, poemas en verso libre “en alabanza de la Revolución rusa, de la fraternidad y del pacifismo”, según contó Borges en su autobiografía. En las artes visuales argentinas se hicieron eco del proceso revolucionario artistas como José Arato, Adolfo Bellocq, Guillermo Facio Hebequer y Abraham Vigo.

Hoy, después de los gulags de Stalin y la caída de las dictaduras comunistas europeas, la visión idílica de la Revolución rusa ha perdido, casi universalmente, su atractivo. Permanece vivo, en cambio, el ideal primordial de justicia social, de beneficios y deberes compartidos, de una necesidad esencial de igualdad ciudadana.

Alberto Manguel

Director de la Biblioteca Nacional



УЧЕТ И КОНТРОЛЬ
ПРОИЗВОДСТВОМ!





Vladimir Lenin llega al Smolny durante la noche del 24 de octubre, pintura de Evgenii Kibrik, 1917.

UN CICLO REVOLUCIONARIO

POR CLAUDIO INGERFLÖM¹

La toma del poder por los bolcheviques el 7 de noviembre de 1917, según el calendario juliano vigente entonces en Rusia —25 de octubre según nuestro calendario gregoriano— ocurrió en el interior de un ciclo político muy convulsionado que se remonta a la Revolución de 1905, un levantamiento popular generalizado que obligó al zar a otorgar por primera vez en la historia rusa una Constitución. El período revolucionario finalizó en 1930, cuando el régimen soviético se estabilizó luego de derrotar la resistencia del campesinado que se opuso a la expropiación estatal de sus tierras. En el transcurso de ese ciclo tuvieron lugar tres hechos de suma importancia. El estallido de la Primera Guerra Mundial, en 1914, que agudizó al extremo los conflictos entre el zarismo y la burguesía industrial, entre patronos y obreros, entre terratenientes y campesinos, desorganizando la ya arcaica y escasamente eficaz administración imperial. Este suceso puso en evidencia la debilidad de los ejércitos del zar y creó un malestar generalizado entre los soldados, que en su mayoría eran campesinos que anhelaban regresar a sus aldeas. Luego, en febrero de 1917, los pueblos de San Petersburgo y de Moscú, seguidos más tarde por los de todas las grandes ciudades, se rebelaron contra el zarismo en una revolución auténticamente popular que derrocó a la monarquía. Por último, y en tercer lugar, la insurrección de Octubre.

La autocracia

Para comprender cómo se llegó a conflictos internos de tal magnitud debemos recordar

que Rusia fue gobernada despóticamente desde el primer reinado de un zar, Iván IV —el Terrible— en el siglo XVI. Los zares eran autócratas que declamaban haber sido designados directamente por Dios, sin ninguna obligación legal ni límite alguno a su poder. Sus ideólogos y la Iglesia les atribuyeron un estatuto sagrado que los situaban más próximos a la divinidad que al mundo humano. Hasta 1905 prohibieron todo tipo de representación genuina de la sociedad, cualquier institución que pudiera mediar entre el monarca y el pueblo. Los campesinos fueron masivamente reducidos a la servidumbre desde los siglos XV y XVI, en un proceso inverso al de Europa Occidental. Este sometimiento conoció su apogeo en el siglo XVIII, prolongándose hasta mediados del siglo XIX. En 1861, luego de la derrota de los ejércitos zaristas en la guerra de Crimea y frente al descontento generalizado en las aldeas, la autocracia se resignó a eliminar la servidumbre. La abolición no respondió a las expectativas de los campesinos, que debieron comprar las tierras que trabajaban y ver cómo las magras parcelas con las que ya contaban eran amputadas y repartidas en favor de los terratenientes. El régimen de estamentos no fue eliminado y, aunque eran legalmente libres, los campesinos permanecieron en los hechos dependientes de sus antiguos propietarios.

La generalización de la política moderna

Hacia fines del siglo XIX el régimen autocrático enfrentaba una situación inédita. La arcaica estructura jurídica y el peso que

¹ Historiador y docente especializado en Historia de Rusia.

conservaban los latifundistas impedían el libre desarrollo del capitalismo y, en consecuencia, la constitución de una sociedad burguesa de libertades cívicas, económicas y políticas. A pesar de todo, el país conoció un crecimiento acelerado de grandes masas proletarias urbanas, muy ligadas a sus orígenes rurales, que sufrían a la vez una doble explotación: en las usinas en las que trabajaban y en las aldeas donde regresaban regularmente para ayudar a sus familias. El aparato gubernamental no estaba preparado para una gestión administrativa cada vez más compleja. La competencia internacional y la derrota en la guerra contra Japón a principios del siglo XX desnudaron las debilidades del Imperio. La rusificación de regiones no eslavas, la opresión de los otros pueblos del Imperio y la intolerancia religiosa y racial hicieron de la cuestión nacional una bomba de tiempo. La negativa del zarismo a otorgar los derechos cívicos mínimos, como la

tolerancia religiosa, la libertad de prensa y de opinión, la posibilidad de organizarse en sindicatos o partidos, en otras palabras: su resistencia obtusa a la política moderna condujo a la Revolución de 1905 que obligó a legalizar a los partidos políticos, reconocer las uniones sindicales y convocar a un parlamento (Duma). Una revolución espontánea consiguió en días lo que el zarismo había negado durante siglos. Por entonces también se expandió, a lo largo y ancho de Rusia, una forma de democracia directa, paralela a la Duma: los soviets o consejos populares. Pero el zarismo, a costa de una represión generalizada, logró sobrevivir e intentó, simultáneamente, una reforma agraria, con el propósito de evitar un nuevo levantamiento popular. El ensayo fracasó porque chocó con la hostilidad de los terratenientes y, a su vez, la reforma propuesta era tan tímida que tampoco satisfacía al campesinado.



Revolucionarios apostados para luchar contra la policía zarista. Petrogrado, marzo de 1917.



Miembros del gobierno provisional. Petrogrado, marzo de 1917.

El fin del zarismo

En febrero de 1917, la conjunción de las rebeliones populares —algunas espontáneas y otras organizadas en las fábricas—, las insurrecciones de los soldados contra sus oficiales, el cansancio de la guerra y el descontento de los líderes políticos por la ineficacia del gobierno condujo a una crisis mayor. El racionamiento del pan fue la gota que rebalsó el vaso en la capital: una serie de huelgas y levantamientos obreros, apoyados finalmente por los soldados que sublevaron varios regimientos y distribuyeron las armas, marcó el fin de la monarquía. Se reunió el primer soviét, compuesto por diputados obreros y soldados en la capital, que luego fue replicado en todo el país. El 2 de marzo —del viejo calendario— un gobierno provisorio dominado por los liberales asumió el poder y llamó a una asamblea constituyente. El 7 de marzo el emperador y su esposa fueron arrestados. Los diversos gobiernos

provisionales, dominados por políticos liberales y conservadores que se sucedieron, con la participación de distintos partidos socialistas —pero sin los bolcheviques de Lenin—, no resolvieron ninguna de las dos grandes demandas populares: distribuir equitativamente la tierra de los latifundios entre los campesinos y terminar la guerra. A partir de esa situación, se instituyó una dualidad del poder: el gobierno provisorio que respondía a la Duma por un lado y, por otro, los soviets que obraban como representantes directos de la población. El conflicto entre ellos fue permanente.

La toma del poder por los bolcheviques

A fines de agosto la movilización popular organizada por los bolcheviques hizo fracasar un golpe de Estado militar. El prestigio del partido de Lenin le permite ganar sucesivamente las elecciones a los soviets en las ciudades más importantes. Lenin planeó una



Manifestaciones en la calles. Petrogrado, junio de 1917.

ТАЕТЬ
ГАМЪ!

ДОДОИ
ВОИНУ!



insurrección armada. A principios de octubre se creó el comité militar revolucionario del Soviet de Petrogrado, dirigido por Trotsky, que logró comandar en los hechos la guarnición militar de la ciudad. En la noche del 24 al 25 de octubre la Guardia Roja ocupó los lugares claves de la ciudad: los puentes, las centrales telefónicas y de telégrafo, las estaciones, el banco de la nación, los ministerios. Tomaron el Palacio de Invierno, la residencia del zar y los ministros fueron arrestados. Los bolcheviques cumplieron sus promesas: el primer decreto del nuevo gobierno, el 26 de octubre, invitó a todas las potencias beligerantes a abrir negociaciones inmediatas para establecer la paz, y al proletariado de Alemania, Inglaterra y Francia a pasar por encima de sus gobiernos en guerra y a solidarizarse con “el poder soviético que aspira a liberar a todos los trabajadores de toda forma de explotación y esclavitud”. El mismo día se publicó el segundo decreto que establecía que toda la tierra del Imperio ruso era expropiada sin indemnización alguna, declarada patrimonio de todo el pueblo y entregada a los que la trabajan. La presión de los obreros que querían expropiar las fábricas y pasar a la autogestión provocó las primeras dificultades, ya que la situación económica imposibilitaba un aumento importante de los salarios. Además, en la medida en que la antigua administración de cada usina era reemplazada por un comité obrero, este era el que recibía las demandas de la base, pero sin poder satisfacerlas. El decreto sobre el control obrero de la producción, adoptado a mediados de noviembre, tuvo en cuenta las responsabilidades del Estado y, aunque alentó la autogestión, impuso sus primeros límites.

A principios de 1918, y a costa de importantes pérdidas territoriales, el gobierno soviético firmó la paz con Alemania, salió unilateralmente de la Primera Guerra Mundial y reconoció la independencia de Ucrania y Finlandia, integradas hasta ese momento al Imperio ruso. Durante el período 1918-1920,

el país sufrió la intervención extranjera (sobre todo francesa y británica) y la guerra civil, en la que numerosos ejércitos “blancos” —cosacos, anarquistas, monárquicos— intentaron en vano derribar al poder soviético.

El convulsionado ciclo revolucionario, abierto en 1905, se cerró en 1930 cuando el poder soviético consiguió estabilizarse luego de doblegar al campesinado. Dio marcha atrás con respecto al decreto sobre la tierra y, obedeciendo a imperativos ideológicos —como la eliminación de toda propiedad privada—, decidió colectivizar las tierras y obligar a los campesinos a ingresar en las granjas del Estado. El campesinado ofreció una resistencia vigorosa y generalizada. El poder triunfó, pero a costa de un enorme saldo. El primero, fue humano: alrededor de 1.200.000 víctimas —mujeres, hombres, niños—, fusiladas o muertas de hambre y de frío durante el transporte en vagones de ganado hacia las zonas de deportación, en regiones totalmente inhóspitas y heladas, donde fueron abandonadas. El segundo, económico: el desastre fue tal que, hasta su disolución sesenta años más tarde, la URSS no pudo ni recuperar su antiguo nivel de producción agrícola-ganadero ni tampoco autoabastecerse en ese rubro.

El lugar de la Revolución de Octubre en la historia rusa

Aunque la toma del poder por los bolcheviques no fue, como en 1905 y en marzo de 1917, un levantamiento espontáneo de los trabajadores, se la puede llamar “revolución” porque el régimen soviético se afianzó en función de su capacidad para responder a muchas expectativas populares y el pueblo hizo suya la insurrección; y porque se produjeron transformaciones estructurales de la economía y de la política que cambiaron globalmente el sistema del antiguo régimen. En un sentido, Octubre coronó las luchas pluriseculares del pueblo ruso contra el despotismo, por la libertad y la tierra. Las masas trabajadoras conocieron una movilidad social inédita. Las campañas



Vladimir Lenin en la fábrica Putilov en mayo de 1917. Fragmento de la pintura de Isaak Brodski, 1929.

de alfabetización, el acceso a la educación secundaria y superior, el derecho al aborto, la inclusión de cientos de miles de ciudadanos en los órganos locales del poder y muchas otras medidas progresistas marcaron los primeros años del régimen. Octubre tuvo un efecto poderoso en el mundo: tanto en los países del capitalismo central como en las regiones marginales o coloniales, se pensó que por primera vez en la historia, los sectores más oprimidos, lograban conquistar el poder para construir una sociedad sin explotación ni clases; esa convicción inspiró la lucha por los derechos de los sojuzgados y colonizados. Los pueblos soviéticos jugaron un papel decisivo en la guerra que terminó con el nazismo alemán. No obstante, el mensaje liberador de Octubre se hizo añicos en el choque con las contradicciones internas, con las ambiciones personales o de los clanes y, por último, con la realidad. El Partido Comunista intentó justificar los recurrentes

fracasos económicos denunciando el sabotaje y desatando inéditas oleadas de terror en una guerra contra su propio pueblo. Varios millones de personas fueron ejecutadas y muchas otras pasaron hasta veinte años en los campos de concentración. No solo la acción política fuera de la organización fue prohibida sino que también se amordazó la literatura, la pintura, la música, el pensamiento crítico. El Partido intentó controlar todos los espacios, tanto de la vida social como privada. Por sus fracasos económicos, pero sobre todo por la negación de las libertades más elementales, por la opresión política y por un comportamiento imperial hacia los pueblos no rusos de la URSS, el sistema soviético transformó el entusiasmo de sus orígenes en un anticomunismo generalizado dentro de sus fronteras. Sus legados deben ser repensados teniendo en cuenta la profundidad de los desafíos que ha planteado a la humanidad.



Vladimir Lenin, revista *Soviet*, enero de 1935.

UNA REVOLUCIÓN ¿PUEDE SER ESPONTÁNEA?

POR GEORGES DIDI-HUBERMAN¹

En *El acorazado Potemkin* Eisenstein realizó tres desplazamientos sucesivos con relación a la crónica de la sublevación del año 1905 que le había sido encomendada. En primer lugar, renunció al relato del proceso revolucionario desplegado en todo el año, desde el “domingo sangriento” de enero hasta el arresto de Trotsky por la policía zarista el 16 de diciembre. En segundo lugar, su elección se basó en un motín “ocurrido en Odesa de forma espontánea pero sin ningún lazo con la huelga general, [ya que] los marinos amotinados y los obreros casi no tenían relaciones entre sí”. En tercer lugar, construyó el vínculo entre el amotinamiento de los marineros y los huelguistas de Odesa al acentuar la bisagra emotiva que representaba la escena de lamentación por la cual marinos y odesitas fraternizan en el mismo *pathos* de abatimiento y de indignación. Esto es lo que Eisenstein llamará, en 1935, los “hechos accidentales” o los “detalles” que, según su famosa lógica de sinécdoque o *pars pro toto*, revelan una “lógica profundamente escondida” y se muestran, a sus ojos, más pertinentes que cualquier intriga política.

Unos diez años más tarde, en *Notas para una historia general del cine*, Eisenstein reconoció haber pasado “de la exposición descriptiva de los síntomas de los fenómenos [...] al fundamento humano y emocional de la revolución; de ahí [apareció] *Potemkin*, caracterizado por la espontaneidad, la sublevación y la rebelión, y no por la edificación de

la revolución planificada por el partido [...]. La intención de *Potemkin*: cómo ocurrió la sublevación de 1905; pero el resultado fue otro: una generalización en el énfasis revolucionario”. No se puede ser más claro: en este texto —que permaneció inédito y, por lo tanto, eludió la censura— Eisenstein nos dice que su interés fundamental, tanto estético como político, se radicó en la “espontaneidad” misma de la sublevación de 1905. Pero una revolución, ¿puede ser verdaderamente “espontánea”?



Retrato de León Trotsky. Revista *Claridad*, 9 de marzo de 1929.

¹ Filósofo, historiador y ensayista francés.

Los espectadores de *El acorazado Potemkin* recuerdan que al comienzo del primer acto aparece un corto prólogo que precede la vista general del navío. Luego se ven unos marineros a bordo antes de empezar el relato propiamente dicho. En el inicio también se observan algunos planos breves —y repetidos— de olas que se sumergen enérgicamente en una escollera. Estas imágenes dejan lugar a una placa en la cual se lee una cita firmada de la siguiente manera: “Lenin, 1905”. El fragmento está extraído de un artículo titulado “El plan de la batalla”, cuyo pasaje completo dice:

El gobierno llevó a sabiendas al proletariado a la insurrección y provocó la batalla de las barricadas ante gente desarmada, a fin de poder ahogar esta insurrección en la sangre. El proletariado aprovechará estas lecciones militares del gobierno y, puesto que él empezó la revolución, aprenderá el arte de la guerra civil. La revolución es una guerra. Es la única guerra legítima, justa, necesaria, la única gran guerra de todas las que conoce la historia. Esta guerra está sostenida no en el interés de un puñado de dirigentes y explotadores, como todas las otras guerras, sino en el interés de las masas populares contra los tiranos, en el interés de millones y de decenas de millones de explotados y de trabajadores contra lo arbitrario y la violencia.

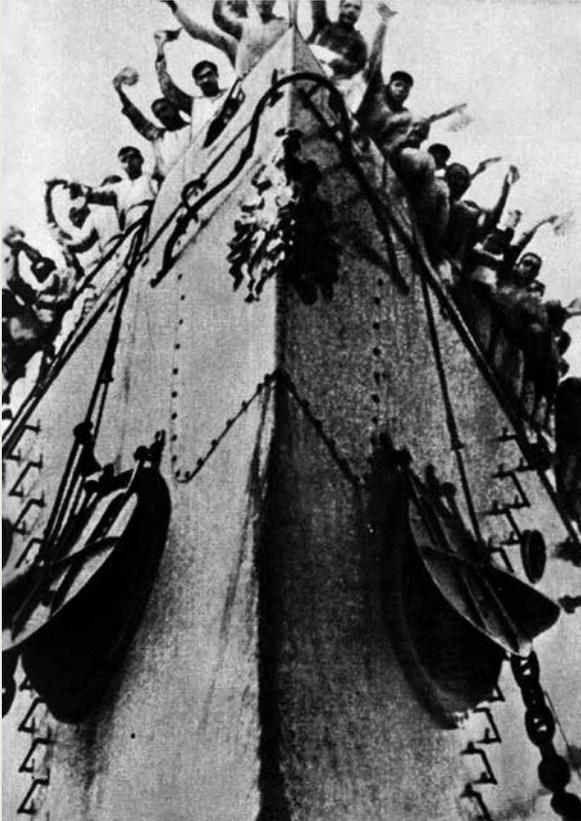
Recordemos que en esa época —entre enero y noviembre de 1905— Lenin enviaba todavía sus textos políticos a Rusia desde su exilio en Suiza. No participó, pues, ni en los combates de la primera hora ni en el acontecimiento fundador que fue la creación, el 14 de octubre, del primer soviét de San Petersburgo. Cuando se lee el conjunto de sus escritos concernientes al año 1905 se comprende que su visión de las fuerzas es pura estrategia: el comienzo de la huelga petersburguesa, dice, fue desde luego “absolutamente espontáneo”. Pero, al generalizarse,



Serguéi Eisenstein, 1930. Foto: Eugene Robert Richee.

cambió de naturaleza, de modo que la sublevación espontánea quedó a punto de devenir en “un gran conflicto de clases” que debió ser organizado y armado para transformarse en guerra civil estratégica y tácticamente realizada. “El proletariado se arma y arma al pueblo”, escribe Lenin.

Y es así que la rebelión puede transformarse en auténtica revolución. En julio de 1905 Lenin quiso formular los principios de un verdadero “ejército revolucionario”, llamado a constituir su propia “dirección militar” en vistas de lo que él nombra, para terminar, un “gobierno revolucionario”. Es evidente que, para Lenin, la “espontaneidad” de una sublevación no tiene sentido histórico y político sino es mediante la organización de un gobierno. Esto explica por qué no insistió en la Rusia de las barricadas y los amotinamientos impulsivos. Los acontecimientos de 1905 — que desde su punto de vista habían fracasado— no ocupan más que algunas líneas



Escena de la película *El acorazado Potemkin*.

evasivas en su obra *El Estado y la Revolución* (1917).

Ahora bien, Eisenstein había pensado su prólogo, e incluso todo su relato, como una descripción y un elogio del *pathos* de la “espontaneidad” revolucionaria. En rigor, debemos indicar que el intertítulo de Lenin fue una solución políticamente impuesta *a posteriori*. El original era, en realidad, una cita de León Trotsky que la restauración de la película en 2005 pudo restituir. El fragmento está extraído de la voluminosa obra que publicó en 1909 bajo el simple título de *1905*. Más precisamente, se encuentra al comienzo de un capítulo titulado “La flota roja”, donde trata el amotinamiento del *Potemkin*. Aquí el pasaje que retuvo la atención de Eisenstein:

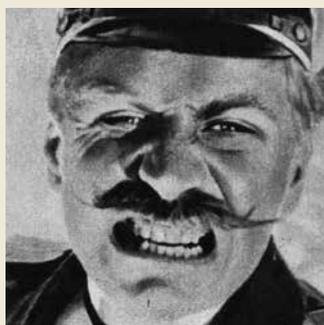
El espíritu de rebelión sobrevolaba la tierra de Rusia. Una transformación inmensa y misteriosa se realizaba en innumerables corazones, las trabas del

temor se rompían: el individuo que apenas había tenido tiempo de tomar conciencia de sí mismo se disolvía en la masa y toda la masa se confundía en un mismo impulso. Liberada de los temores hereditarios y de los obstáculos imaginarios, esta masa no podía y no quería ver los obstáculos reales. Ahí residía su debilidad y su fuerza. Iba hacia adelante como una ola impulsada por la tempestad. Cada día descubría nuevas profundidades y engendraba nuevas posibilidades, como si una fuerza gigantesca agitara por completo a la sociedad [...]. Huelgas obreras, mítines incesantes, manifestaciones en las calles, devastación de los campos, huelgas de policías y de sirvientes se sucedían una a una y, al final, la revuelta se vio en los marineros y los soldados. Fue la desintegración total, fue el caos. Y al mismo tiempo, en ese caos, se despertaba la necesidad de un orden nuevo, cuyos elementos ya se cristalizaban. Los mítines que se renovaban regularmente aportaban un principio organizador. De esas reuniones salían diputaciones que tomaban a su vez la forma más importante de representación. Pero como la agitación de las fuerzas elementales desbordaba el trabajo de la conciencia política, la necesidad de actuar dejaba muy por detrás la febril elaboración organizadora.

Ahí reside la debilidad de la revolución, de toda revolución. Pero ahí se encuentra igualmente su fuerza. Quien quiera poseer influencia en la revolución debe asumir la carga entera. Los estrategas —que razonan demasiado—, se imaginan posible tratar la revolución como un espárrago y, al procurar separar a gusto la parte nutritiva del desperdicio, están condenados a la ineficacia. En efecto, ni un solo acontecimiento revolucionario crea condiciones “racionales” para el uso de su táctica “racional”; así, fatalmente, quedan por fuera y por detrás de todos los acontecimientos.

Se comprende muy bien que la elección de Eisenstein para el prólogo de *Potemkin* se haya basado sobre el texto de Trotsky. Por un lado, se acerca a las miradas de Lenin sobre el hecho de que “los acontecimientos de 1905 aparecen como el poderoso diálogo del drama revolucionario de 1917” —como escribiría en 1922 en el prefacio de la edición rusa de su libro—. Se acerca a Lenin, igualmente, en la cuestión crucial de la organización militar: “Organizar [...]; atraer al ejército; tomar las armas; esas son las simples y considerables deducciones que imponen al proletariado la lucha y la victoria de octubre [...]. El método es brutal, pero la historia no conoce otro”. Pero, por otro lado, Trotsky da una visión mucho menos negativa, mucho menos tajante, de la relación entre organización y espontaneidad. Primero —y no es un detalle—, por la diferencia de estilo entre los dos textos. El de Lenin desarrolla un puro *logos* de la marcha revolucionaria; el de Trotsky no evita el *pathos*: “Una transformación inmensa y misteriosa se realizaba en innumerables corazones”. Entonces, no es solamente cuestión de estrategia, sino fundamentalmente de impulso revolucionario, comparado con una “ola impulsada por la tempestad”, que es lo que las imágenes de Eisenstein querían ilustrar directamente.

La crítica ácida lanzada por Trotsky contra los “estrategas



Algunos personajes de la película *El acorazado Potemkin*.

—que razonan demasiado—, que se imaginan posible tratar la revolución como un “es-párrago” se dirige, tal vez, y aunque más no sea parcialmente, a Lenin. Este, en 1905, quedó “por fuera y por detrás de todos los acontecimientos”. Mientras que Trotsky sugiere un ida y vuelta más dialéctico entre la organización partidaria y la energía “patética” de las masas en cólera: “No es solamente el partido que conduce a las masas, son ellas las que lo empujan hacia delante”. La alusión refiere, evidentemente, a la creación de los soviets —esos consejos obreros surgidos “espontáneamente” en 1905—, en los cuales Trotsky fue el único, entre todos los grandes teóricos marxistas de la época, que formó parte activa y crucial. Es muy probable que Eisenstein haya visto, en la forma de fraternizar a la vez espontánea y organizada de los motines del *Potemkin* algo muy parecido a la creación de los soviets de San Petersburgo, como una resonancia a lo que bien dice Trotsky en su texto de 1905: “Fue la desintegración total, fue el caos. Y al mismo tiempo, en ese caos, se despertaba la necesidad de un orden nuevo, cuyos elementos ya se cristalizaban. Los mitines que se renovaban regularmente aportaban un principio organizador [...]. Pero, como la agitación de las fuerzas elementales desbordaba el trabajo de la consciencia política, la necesidad de actuar dejaba muy por

detrás la febril elaboración organizadora”. En una palabra, Trotsky no se contentó con decir que la espontaneidad de una sublevación no es más que la debilidad del movimiento revolucionario en sí mismo. Comprendió, además, que “ahí reside su debilidad y su fuerza” —una dialéctica a la cual Eisenstein quiso darle un rostro, o miles de rostros, o miles de gestos humanos—.

Ahora bien, todo esto es exactamente lo que detestaba Joseph Stalin. No es casualidad que su en-sañamiento violento con Trotsky haya comenzado por un ataque a su análisis de los acontecimientos de 1905 —análisis que, a los ojos de Stalin, contradecía la noción de “dictadura del proletariado” en favor de la famosa noción de “revolución permanente”—. Trotsky respondió posteriormente desde su exilio con dos obras sucesivas: *La Revolución desfigurada* y *La Revolución traicionada*. No es ciertamente como puro “espontaneísta” que Trotsky, el fundador y organizador

histórico del Ejército Rojo, se haya visto así rápidamente cuestionado por los estalinistas. Pero, no es tampoco por una simple dicotomía que se va a avanzar en la cuestión: el *pathos*, para las masas en cólera y para los artistas que eventualmente les interese; la *praxis*, para las masas organizadas y para los estrategas que las comandan desde su propio *logos* de la revolución.

La cuestión es antropológica y política de lado a lado. Rosa Luxemburgo había participado

en el debate sobre la “revolución espontánea” previo a los acontecimientos de 1905. En 1903 y 1904 cuestionó radicalmente en dos artículos publicados en *Iska* (Rusia) y en *Neue Zeit* (Alemania) el centralismo del partido y su forma autoritaria de pretender “organizar el proletariado”: criticó directamente a Lenin al sostener que un “poder central” no podría ser otra cosa más que un órgano de conservadurismo, incluso de dictadura, y que la “inteligencia de las masas” valía más

que toda la “inteligencia de los jefes”. En 1906, en su obra *Huelga de masas, partido y sindicatos*, tomó lo ocurrido en San Petersburgo como una lección: “Las huelgas en apariencia caóticas y la acción revolucionaria ‘inorganizada’ que siguieron a la huelga general de enero devienen el punto de partida de un precioso trabajo de organización. La historia se burla de los burócratas enamorados de los esquemas prefabricados”.

Así como lo exponía Rosa Luxemburgo, la cuestión ya no era

saber si una revolución puede ser espontánea o no: se trata de saber “cómo respetar su espontaneidad”, esto dicho a la vez contra Lenin y contra Trotsky: “La condición que implica tácitamente la teoría de la dictadura según Lenin y Trotsky es la siguiente: una convulsión socialista es una cosa para la cual el partido de la revolución ya tiene a mano una receta lista”, lo que contradice la historia misma de las sublevaciones, esas olas de fondo, esas tempestades que nadie puede



Escena de la película *El acorazado Potemkin*.

verdaderamente prever. Mucho más tarde, Hanna Arendt rendiría homenaje a esta visión de las cosas, al escribir que Rosa Luxemburgo “no vivió lo suficiente como para ver hasta qué punto tenía razón”. La emergencia de los soviets en 1905 —parecidos en esto a la organización espontánea de la Comuna de París—, constituía el “tesoro perdido de la Revolución”. Tesoro perdido puesto que fue aplastado por sus propios organizadores, comenzando por el mismo Lenin:

La ola de huelgas obreras que se extendió en Rusia en 1905 y que culminó en la primera revolución fue totalmente espontánea, sin intervención de organizaciones políticas o sindicales que, al contrario, nacieron de la revolución misma. La explosión de la mayoría de las revoluciones tomó por sorpresa a los grupos y partidos revolucionarios no menos que a los otros. Y no existe casi ninguna que pueda ser imputada a sus actividades [...]. El papel de los revolucionarios profesionales no consiste generalmente en hacer la revolución sino en acceder al poder una vez que ha estallado [...] Es así que, en 1905, [Lenin] pudo exaltar con mucha sinceridad “la creatividad revolucionaria del pueblo” que, en plena revolución, había comenzado espontáneamente a establecer una estructura de poder totalmente nueva, así como doce años más tarde pudo desencadenar y lograr la revolución de Octubre con el *slogan*: “Todo el poder a los soviets”. Pero entre las dos revoluciones no había hecho nada para dar una nueva orientación a su pensamiento e integrar estos nuevos órganos a uno de sus numerosos programas del partido, por lo tanto, la misma reacción espontánea los encontró, a su partido y a él, tan poco preparados en 1917 como lo estaban en 1905. Cuando finalmente, al momento de la sublevación de Kronstadt, los soviets se rebelaron contra la dictadura del

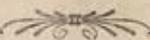
partido, y cuando la incompatibilidad entre los nuevos consejos y el sistema de partido se volvió manifiesto, decidió casi de inmediato aplastar a los consejos ya que amenazaban el monopolio del poder del partido bolchevique.

La sublevación de Kronstadt, por razones evidentes, aparecería como lo impensado por excelencia —impensado reciente, ya que el amotinamiento tuvo lugar apenas cuatro años antes de la filmación— de *Potemkin*. Un puerto, unos marinos que se rebelan y se organizan espontáneamente en soviets, un acorazado en una ensenada, una masacre en masa: todos los elementos se recobran extrañamente. Pero esta referencia sigue siendo literalmente imposible de evocar, sería como un cuerpo extraño, una verdadera “enfermedad” en el contexto de las conmemoraciones del año 1905. Freud decía que si las representaciones constituyen aquello que la represión hace desaparecer de la conciencia, no es así con respecto a los afectos. En una palabra, se reprimen las representaciones, pero no las emociones. De ahí que el acto bifaz, dialéctico, que consiste en representar emociones puede tomar valor de síntoma, o de retorno de lo reprimido, en la aproximación de una historia como la de *Potemkin*. De ahí ya que la estrategia “patética” o “espontaneísta” de Eisenstein podía permitirle, tanto como fuera posible, escapar a la picota de las lecciones ideológicas de Estado.

LA RAZÓN — SEPTIEMBRE 15 DE OCTUBRE DE 1936

EL ACONTECIMIENTO ARTISTICO DEL AÑO

Primera gran producción del Soviet



HOY

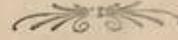
Vermouth
y Noche

Mañana

Matinée,
Vermouth
y Noche

EN EL

**TEATRO
DE LA
OPERA**



HOY

Vermouth
y Noche

Mañana

Matinée,
Vermouth
y Noche

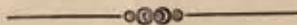
EN EL

**TEATRO
DE LA
OPERA**



Un reto de Rusia a la Cinematografía Mundial, considerada por la crítica europea como

LA PELICULA MAS GRANDE QUE SE HA HECHO HASTA LA FECHA



Exclusividad: **JUAN PROBST**

Publicidad de *El acorazado Potemkin* en Argentina. *La Razón*, 26 de octubre de 1936.

ГОРДОСТЬ

1905 ГОДА

БРОНЕНОСЕЦ

Afiche de la película *El acorazado Potemkin*, 1925.

СОВЕТСКОГО
КИНО

ПРОИЗВОДСТВО ГОСКИНО
1^я ФАБРИКА
РЕЖИССЕР
ЭЙЗЕНШТЕЙН
ОПЕРАТОР
ТИГЕЛОВ

ЛАСИНСКИЙ

Потемкин



EL AMANTE DE LA REVOLUCIÓN

POR BORÍS AKUNIN¹

Trotsky, que adoraba las frases rimbombantes, dijo: “La revolución se elige amantes jóvenes”. Uno de esos Romeos, enamorado de la revolución y quemado por la llama de esta pasión, me intrigó desde los años de la escuela.

¿Recuerdan el relato de Alekséi Tolstói *Las aventuras de Nevzorov*? Está densamente poblado de diversos personajes desagradables, mas este fondo vomitivo es atravesado por un cometa cautivante: el enigmático conde Chamborain, poeta futurista y agente bolchevique tras el cual se lanza toda la policía secreta blanca en Odesa. Él va a Europa para hacer estallar la Conferencia de Paz de París. Lleva, por alguna razón, en envases de pomada de calzado, dieciocho grandes brillantes. “Vivaz como una escolopendra”, dispara con su revólver pero al fin y al cabo es atrapado. La escena de su ejecución es descripta, como sabía hacer Alekséi Nikoláievich, de modo austero y con fuerza:

—Es vergonzoso, conde —se alzó la voz del jefe del comando desde arriba—, terminemos de una vez.

Entonces Chamborain se lanzó a la escalerilla. Apenas su cabeza rizada se alzó sobre la cubierta, el francés (el verdugo) disparó. Chamborain se tambaleó en la escalerilla, se soltó, y su cuerpo cayó al mar.

En algún momento leí que el apellido era inventado pero que la persona era real. Cierta joven chequista de linaje aristocrático francés, casi un marqués, había jugado un papel importante en la liberación de Odesa en la primavera de 1919. De vez en cuando yo me acordaba del camarada marqués y me prometía desentrañarlo sin falta. Me puse recién ahora. No resultó difícil, gracias a internet.

En verdad, sobre este efímero personaje hay escritas muchas futezas de dudoso cuño. Es bastante difícil comprender qué hay de cierto y qué de elucubración y fantasía en algo que proviene de hace tanto tiempo. Lo contaré breve y sin estilización.

En primer lugar, era rizado. Eso es un hecho.

Además, Alekséi Tolstói lo había conocido personalmente; lo veía en los cafés bohemios de Moscú, donde este jovencito digno de notar (“de vaporoso cabello claro, rasgos correctos y ojos ardientes”, recuerda N. Ravich) leía sus versos (al parecer, no sobresalientes) y magníficas (según expresión no de cualquiera, sino del propio Mandelshtam) traducciones poéticas de Théophile Gautier.



¹ Novelista ruso.

Su verdadero nombre era Georgui Lafar, o de Lafar, o de la Far, o de la Fer, o Delafar (esta forma es la que más frecuentemente se encuentra en las fuentes). Si tenía título o no, no me quedó claro. Marqueses de la Far en Francia, como que no hubiera habido. En cambio conde de La Fère, como bien sabemos, hubo por lo menos uno.

El autor de las "Memorias de un contrarrevolucionario", Vladímir Amfiteátrov, escribe: "Delafar llevaba crenchas hasta los hombros, un abrigo de terciopelo, escribía versos y aseguraba que era un marqués francés, descendiente de cruzados; yo digo que era al revés de un cruzado: estos iban a Palestina, y él había salido de Palestina". Pero esto, por su parte, no es más que el desvío de un típico "contra", que en cada "comisario" sospechaba la satánica tribu judía. El padre de Georgui fue de verdad un francés rusificado, ingeniero en una fábrica naval.

Y como prescribía a un joven versificador, Delafar se inflamó con la Revolución. No era en absoluto un bolchevique, sino un anarquista, pero en ese momento estas dos corrientes radicales todavía no eran hostiles una a la otra. Georgui prestó servicio en la Checa panrusa donde, no obstante sus verdes años y su temperamento poético, encabezó la muy seria sección de lucha contra el sabotaje bancario, y en los días de la "conjura de los embajadores" llevó el caso de los oficiales franceses arrestados.

Por su francofonía comisionaron al joven chequista a Odesa, donde había desembarcado un cuerpo expedicionario francés. Los bolcheviques del año diecinueve creían que pronto estallaría la revolución mundial, y esperaban llevar su propaganda a los soldados y marineros extranjeros (lo que no era tan difícil, por cuanto todos estaban cansados de combatir y querían irse a casa).

Pero el conde Delafar tenía el cometido no de agitar, sino que, como convenía a su título, debía introducirse en las altas esferas. Y supo arreglárselas espléndidamente con el encargo: entró en tratos cercanos con el coronel Henri Fredember, cuyo cargo era jefe del Estado mayor, pero en los hechos era la persona más influyente en la Odesa bajo la ocupación.

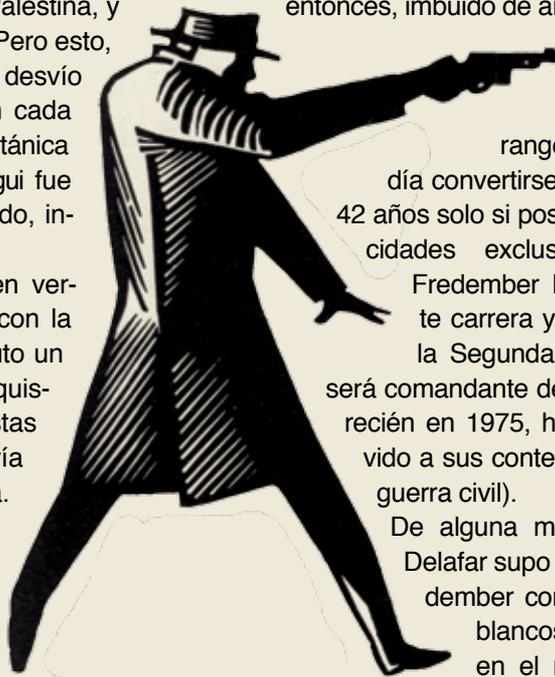
Por su parte, este Fredember también era un sujeto interesante. Hasta su galización, su apellido se pronunciaba "Freidenberg". Según algunos datos, esta persona tenía raíces en Odesa. En el ejército francés de entonces, imbuido de antisemitismo y en

general muy avaro para la promoción de

rangos, un judío podía convertirse en coronel a los 42 años solo si poseía ciertas capacidades exclusivas. (Después Fredember hará una brillante carrera y a comienzos de la Segunda Guerra Mundial será comandante del ejército. Muere recién en 1975, habiendo sobrevivido a sus contemporáneos de la guerra civil).

De alguna manera, el conde Delafar supo indisponer a Fredember contra los guardias blancos. De modo que, en el momento crítico, el coronel insistió en la

evacuación de las tropas francesas y la ciudad fue tomada por los rojiverdes. (A *posteriori*, por esta autodeterminación, Fredember incluso fue llevado a juicio). Yo he leído unas curiosas pero dudosas fabulaciones acerca de que Delafar influía en el coronel a través de la actriz Vera Jolodnaia, o de que le dio una inmensa coima (aquí tenéis los brillantes en la poma-da para calzado). No lo creo. De otro modo, el todopoderoso coronel hubiera enlodado de algún modo a su cómplice, cuando el contraespionaje así y todo cayó sobre él.



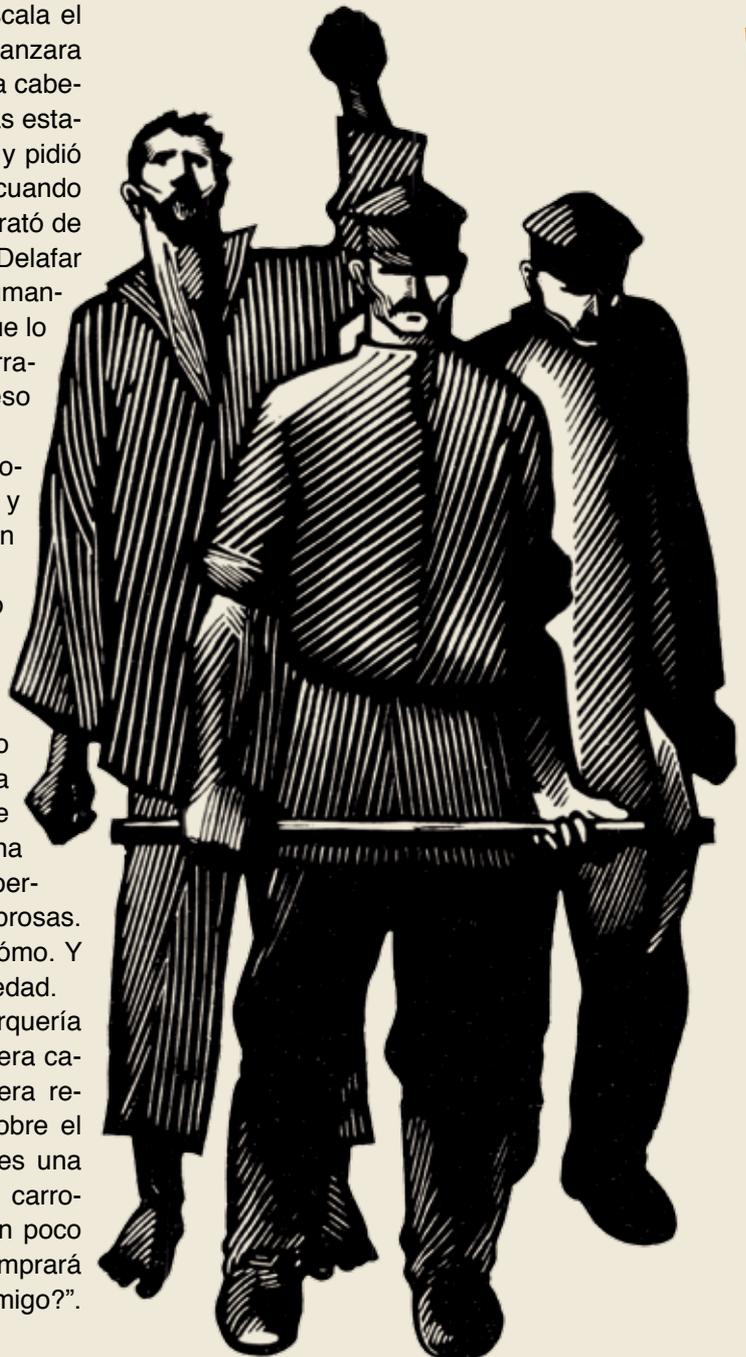
Alekséi Tolstói, glosando la charla que tuvo con el contraespía blanco Liverovski, a quien después introdujo en *Ibikus*, describe la muerte del conde Delafar del siguiente modo (es interesante compararlo con la forma en que lo describe en su relato): “En una oscura noche lluviosa condujeron en lancha a Delafar a la barcaza número 4 junto con un obrero acusado de agitación bolchevique y el criminal Filka. Primero ascendió por la escala el obrero. El escolta, sin esperar que alcanzara a la barcaza, le disparó al obrero en la cabeza, y este se desplomó. Filka, mientras estaba aún en la lancha, se sacó la cruz y pidió que la enviaran a una dirección. Mas cuando trepó a la barcaza, dijo: ‘no fui yo’, y trató de sustraerse. Lo acabaron de un tiro. Delafar esperaba su destino en la lancha, fumando. Luego pidió que no lo fusilaran, que lo ahogaran. A Delafar lo ataron, lo amarraron a una tabla y lo tiraron al mar. Y eso es todo lo que yo sé...”.

No quiso entonces nuestro conde morir de forma prosaica, como el obrero y el criminal. En una tabla, en el mar. Un poeta. Tenía 24 años.

¿Cuál es la *moralité* que yo extraigo de esta triste historia?

Cuando leía sobre el romántico conde Chamborain, en mi primera juventud, pensaba: qué hermoso es todo esto. Así y todo es una buena cosa la revolución. Enamoraba a multitud de personas asombrosas, regalando una hora estelar a cada uno, y más aún a personas corrientes, volviéndolas asombrosas. No importa cuánto se viva, importa cómo. Y más aún, en correspondencia con la edad. A mis años actuales pienso: qué porquería esta vuestra revolución. Si no le hubiera calentado la cabeza al jovencito, hubiera resultado un buen traductor literario sobre el que un siglo entero repetiría: N. N. es una magnífica persona. Denle amantes, carroña insaciable, y encima jóvenes, y un poco más. “Digan: ¿quién de ustedes comprará al precio de su vida una noche conmigo?”.

Y cuántos deseosos se han encontrado en todos los tiempos. Al menos sería bueno si la noche tentara con voluptuosidades. Pero es que en cambio están las garras groseras de los escoltas, un vulgar jefe de comando, el olor a gasoil del agua sucia, las cuerdas, la tabla mojada...





Aleksandr Serguéyevich Pushkin.

LITERATURA Y REVOLUCIÓN

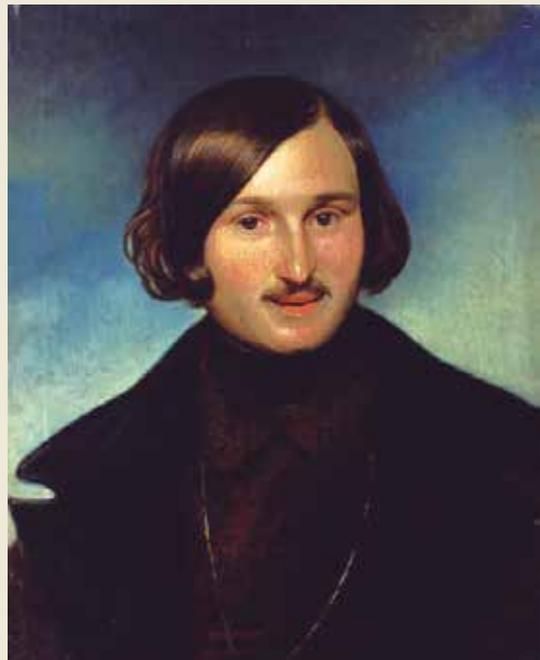
POR OMAR LÓPEZ¹ Y ALEJANDRO GONZÁLEZ²

Todas las historias de la literatura rusa coinciden en señalar a Pushkin como el fundador de las letras rusas modernas. Pero su figura excede en mucho la del “gran escritor nacional”. Detenta estatus de prócer que abrió caminos inusitados para las letras y el pensamiento. La revuelta decembrista de la que formó parte en 1825 es clave en esta historia por tratarse del primer intento de la *intelligentsia* rusa —el movimiento cultural que reunió a la élite progresista de las letras y humanidades— de acabar con el régimen autocrático de los zares y establecer, sino una república, al menos una monarquía constitucional. La revuelta fue sofocada, sus cabecillas ejecutados y los demás participantes condenados por cientos a las prisiones siberianas.

El posdecembrismo implicó un contexto profundamente represivo en el que, no obstante, la joven literatura rusa dio sus primeros formidables frutos: se constituyó en el único canal habilitado (pese a la férrea censura) para debatir las cuestiones más candentes de la realidad rusa, configurándose como una encendida arena que no dejaría de abonar todo un reguero de mártires. Las décadas de 1830 y 1840 asistieron no solo al surgimiento de la prosa realista que —por obra de figuras como el propio Pushkin, Mijaíl Lérmontov y los primeros Nikolái Gógol y Fiódor Dostoievski— fue el signo más distintivo del llamado Siglo de Oro de la literatura rusa, sino también de una escuela crítica que vigiló severamente lo que consideraba que

debía ser la nueva tendencia. La literatura se convirtió, en este sentido, en un poderoso medio de autoconocimiento destinado a saldar la brecha que las reformas del zar Pedro habían creado entre la intelectualidad y las clases populares, elemento que apareció con más fuerza como imperativo para avanzar hacia una revolución social y política con sustento material. Su propósito: conjurar el fracaso decembrista.

En el contexto de las revoluciones europeas de la mitad de siglo XIX, Dostoievski (1821-1881) leyó en un círculo socialista clandestino la carta que Bielinski le enviara a Gógol,



Nicolái Gógol.

¹ Crítico y docente de Literatura rusa.

² Sociólogo y traductor de Literatura rusa.

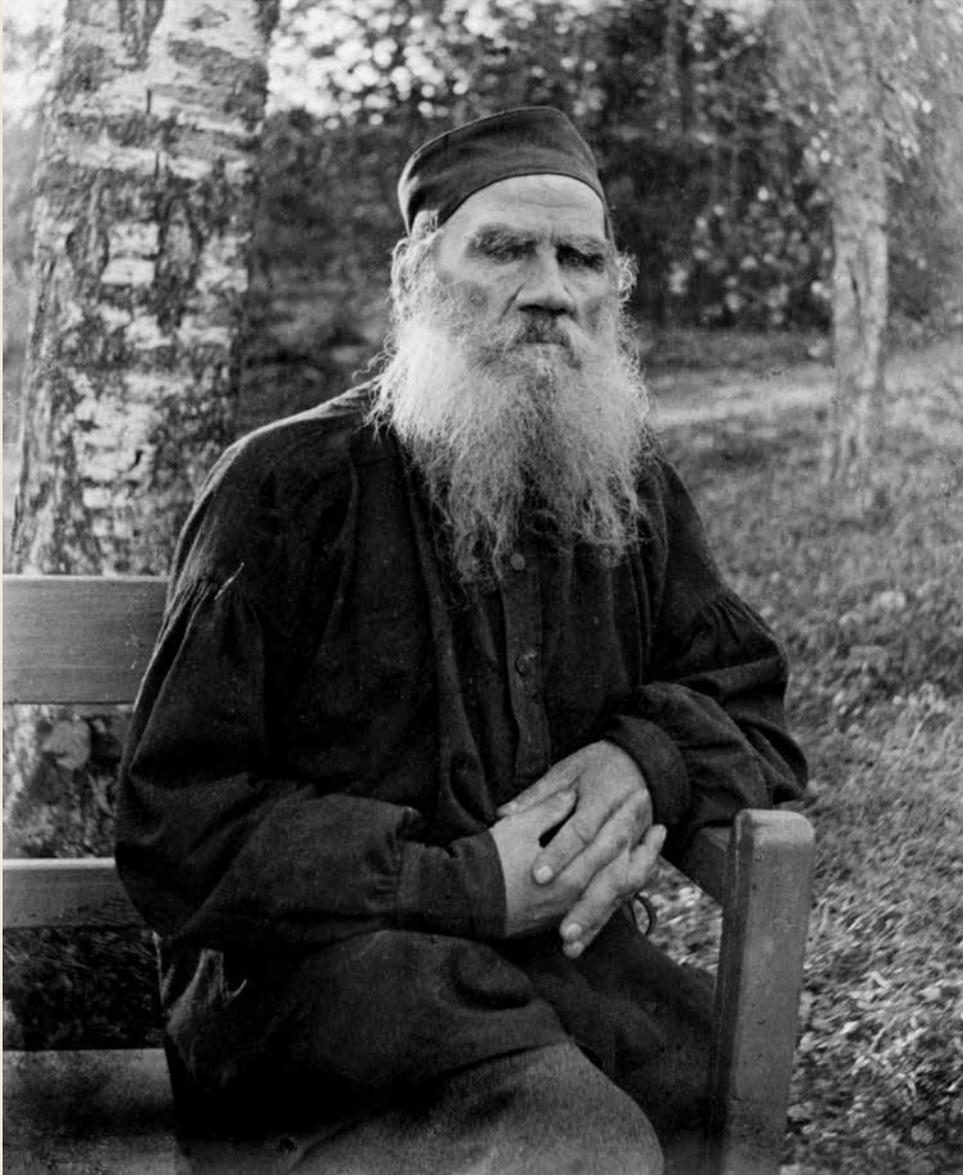


Fiódor Dostoievski.

donde denunciaba el régimen de esclavitud imperante en Rusia. La irreverencia puso al autor frente al pelotón de fusilamiento, pero “por gracia del zar” acabó en el presidio siberiano por una larga década. Dostoievski agradecería luego ese duro calvario: volvería otro, conocería de verdad al pueblo ruso y acabaría para siempre con el idealismo importado, falso, de su primera juventud. De hecho, toda su gran obra posterior estuvo

destinada a conjurar una revolución desde arriba, pergeñada por “errabundos rusos”, no fundada en lo que él consideraba un arraigo en las prácticas populares y los principios nacionales.

Cuando León Tolstói (1828-1910) emprendió la composición de *La guerra y la paz* pensaba en una novela que recuperara la Revolución decembrista. En 1856 el nuevo zar Alejandro II había amnistiado a los condenados que



León Tolstói.

llevaban para entonces treinta años de exilio en Siberia, y Tolstói quería poner en el centro de su novela una pareja que regresaba a Rusia. Pero luego sintió que el decembrismo no se explicaba sin la invasión napoleónica de 1812, de modo que corrió el umbral una primera vez. Y allí advirtió que no podía hablar de 1812 sin arrancar en 1805, cuando el Imperio ruso se une a la liga europea que quiere frenar a Napoleón. En definitiva, la

revolución de 1825 queda apenas insinuada mil y pico de páginas después, en los capítulos finales del segundo tomo.

Sobre la revolución hablan más o menos veladamente todos los personajes de Iván Turguéniev (1818-1883). Allí están el Rudin de la obra homónima, el Lavretski de *Nido de nobles* y/o el Bazárov de *Padres e hijos*. Los modelos directos o indirectos para estos personajes son antiguos camaradas del



Antón Chéjov.

joven Turguéniev, nobles revolucionarios como Aleksandr Herzen o Mijaíl Bakunin, exiliados en Europa y con un profundo activismo de agitación y denuncia: el primero editó casi hasta su muerte desde su exilio londinense el periódico revolucionario *La Campana*, de circulación clandestina en Rusia; el segundo fue el más fogoso predicador del anarquismo. La abolición del régimen de servidumbre por parte del zar Alejandro II en 1861 significó una reconfiguración de la lucha por los cambios políticos y sociales: comenzó a forjarse el llamado populismo ruso. En el seno de la *intelligentsia* se perfilaban, por una parte, sectores democráticos que aspiraban a una concientización programática del pueblo para que asumiera la conquista de sus propios intereses y, por otra, un radicalismo que defendía la toma del poder por grupos revolucionarios y escogía para ello la vía del terrorismo. Con esta materia se construyó toda la gran novelística dostoiévskiana; de

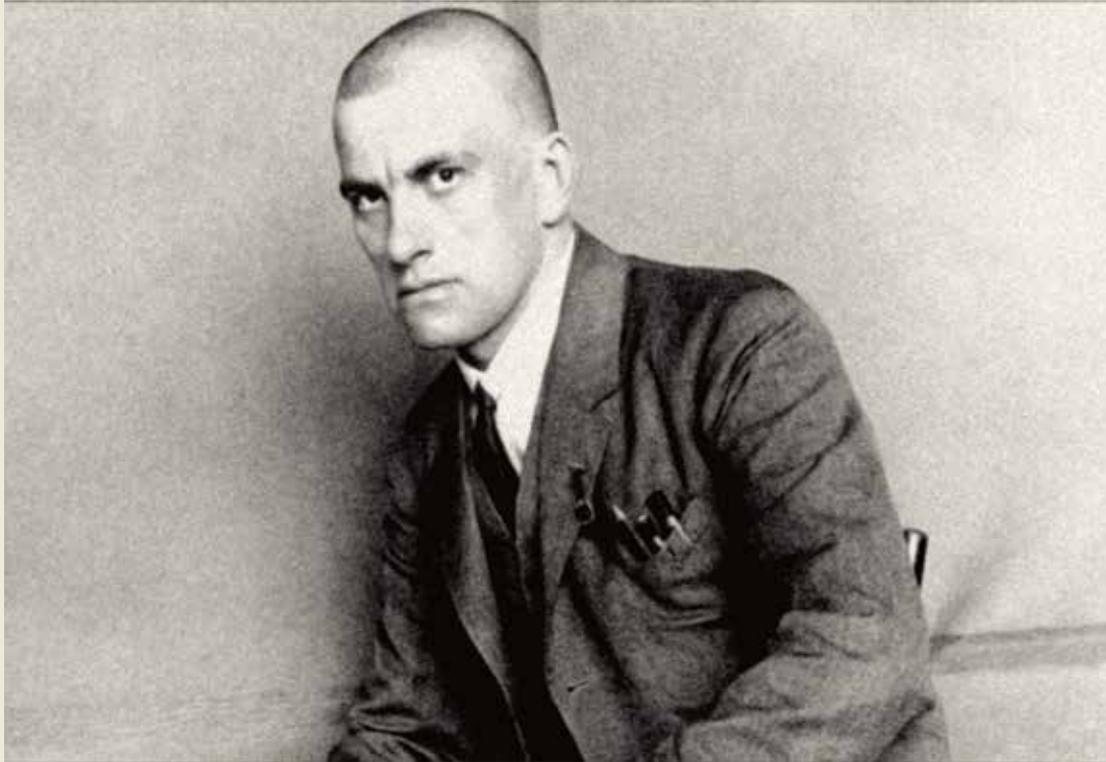
este fondo fueron extraídos los Hombres del Subsuelo, los Raskólnikov, los Vierjovienski, los Iván Karamázov, ideólogos feroces a través de los cuales Dostoievski llevó a cabo su profunda discusión con la idea de la revolución y sus peligros.

Hacia fines de siglo, muertos ya Dostoievski y Turguéniev, y con Tolstói alejado de la labor artística, la literatura rusa comenzó a dar ciertas señales de agotamiento. El movimiento populista, que había propiciado escritores de valía como Gleb Uspenski o Vladímir Korolenko, ya parecía haber dado todo de sí en su intento de representar la vida del pueblo sencillo, campesino y trabajador. Los viejos paradigmas ya estaban obsoletos, los nuevos aún no habían cristalizado.

De forma paralela a ese agotamiento apareció, junto al ya consagrado y adulto Antón Chéjov (1860-1904), una joven generación de escritores que, a la postre, serviría de nexo entre el ilustre legado decimonónico y las búsquedas y experimentos formales de la Revolución. Máximo Gorki y Leonid Andréiev,



Máximo Gorki.



Vladímir Maiakovski.

así como Aleksandr Kuprín, Iván Bunin (primer Nobel ruso de literatura), Fiódor Sologub y el crítico Dmitri Merezhkovski ocupan un lugar central en esta pléyade (todos nacieron entre 1863 y 1871); la generación siguiente, en torno a 1880, dio nombres como Aleksandr Blok, Andréi Bieli y Evgueni Zamiatin; en la última década del siglo vinieron al mundo Anna Ajmátova, Mijaíl Bulgákov, Ósip Mandelstham, Marina Tsvetáieva, Víktor Shklovski, Vladímir Maiakovski, Borís Pilniak, Serguéi Esenin. Pero la experiencia vital y estética de todas estas nuevas generaciones está fatalmente atravesada por la Revolución de Octubre, y en una u otra medida todos y cada uno de los exponentes mencionados fueron devorados por ella. Incluso aquellos que saludaron su advenimiento y se plegaron a los nuevos aires de modo entusiasta, como es el caso de los escritores vanguardistas. Así, los años veinte revisten singular importancia, marcados por una nueva conciencia social, una

aguda lucha ideológica, una reconsideración de las pautas de acción política, un replanteo acerca del lugar de la *intelligentsia* y de las expresiones artísticas en la sociedad y, a la par y por encima de ello, el intento de crear un nuevo sistema de valores. En esos años se ahondó la división —iniciada en 1917— de la literatura rusa en dos vertientes: la soviética y la literatura disidente (que incluye la de la emigración y la de aquellos que eligieron permanecer en la propia Rusia). Para ambas, el problema de la tradición clásica adquirió un significado primordial, aunque cada una lo resolvió en función de los propios postulados ideológicos.

Como la vida política y social de toda Rusia, una vez que la Revolución se apagó y se consolidó el estalinismo como régimen de gobierno, la literatura rusa y el derrotero de sus escritores forman parte de un capítulo dramático de su historia.







EL IMPACTO DE LA REVOLUCIÓN RUSA EN LAS IZQUIERDAS ARGENTINAS

POR AUGUSTO PIEMONTE¹

Hasta el momento en que tuvo lugar el triunfo de la Revolución de 1917, el campo de las izquierdas en la Argentina contaba ya con una importante experiencia política y sindical. Era amplia la trayectoria del anarquismo, el socialismo y el sindicalismo entre los obreros y campesinos del país. Aunque la revolución ejerció una gravitación de primer orden en la generalidad de los debates ideológicos de fines de la década de 1910 y durante toda la década siguiente, fue en aquellas tres fuerzas de izquierda donde se recibió de manera directa el impacto del proceso abierto en Rusia.

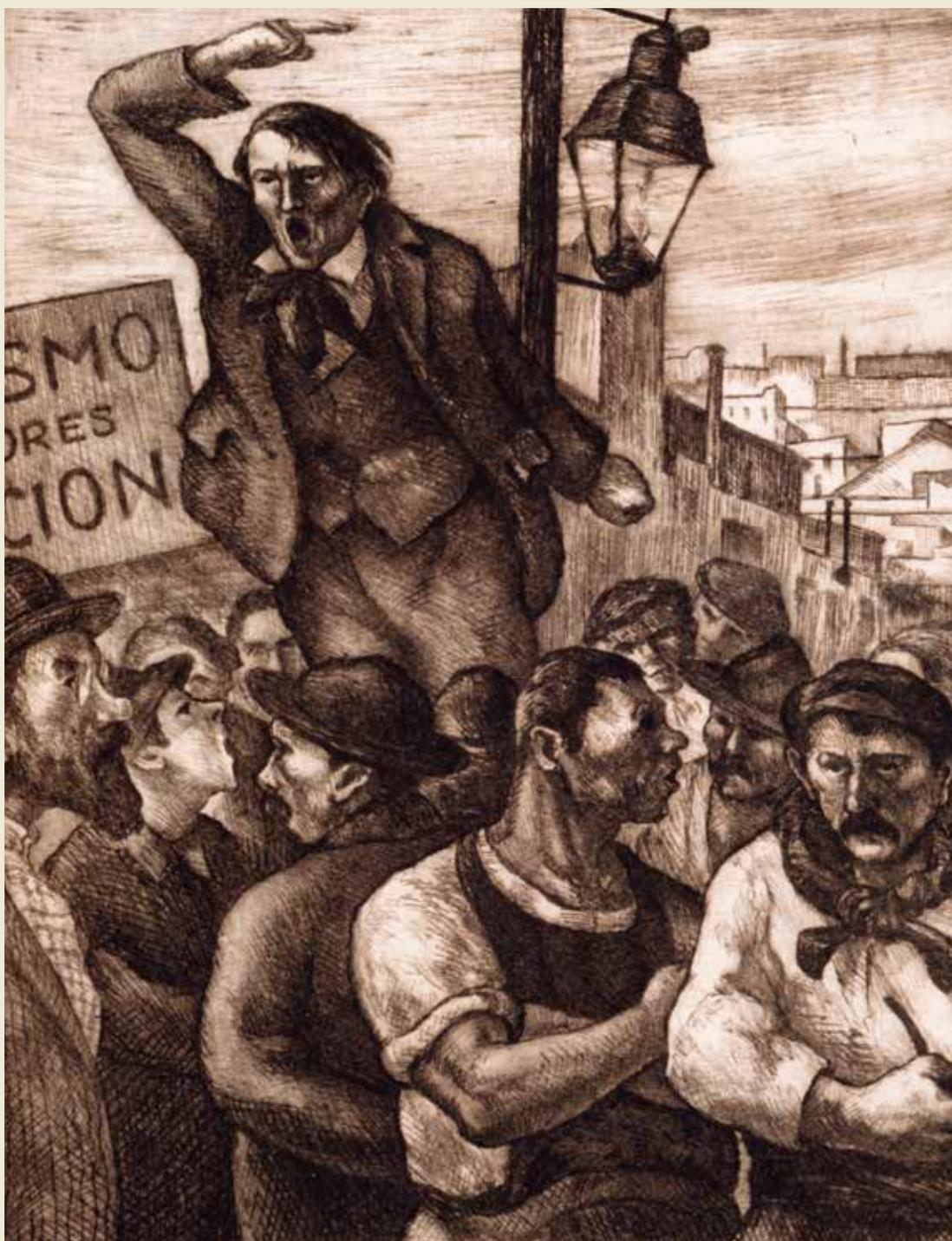
Al igual que en Europa, en la Argentina el modelo organizativo socialista había estado basado en la experiencia del Partido Socialdemócrata Alemán. El estallido de la Primera Guerra Mundial y la decisión casi unánime de los parlamentarios socialistas europeos de aprobar los créditos de guerra en sus respectivos países, supuso un duro revés para este paradigma. El triunfo de la Revolución en Rusia, y la creciente hegemonía bolchevique del proceso transformador llevaron, en muchas partes donde existían partidos socialistas, a que las corrientes internacionalistas de marxistas revolucionarios que los integraban encontraran en el Partido Bolchevique una nueva imagen (partidaria, organizativa, internacionalista y marxista) con la cual identificarse. Asimismo, la Tercera

Internacional o Internacional Comunista (IC) surgió en 1919 por iniciativa de la Rusia soviética con el fin de reemplazar a su antecesora socialista. A diferencia de esta última, la IC no fue una aglomeración de partidos, sino que buscó convertirse en el partido mundial de la Revolución.

La toma del poder por los soviets interpeló a las masas trabajadoras, económicamente explotadas y políticamente oprimidas del mundo entero, e implicó un desafío tácito a todas las formas organizativas y de participación vigentes en ese entonces. Pero además, la Revolución de 1917 no había tenido lugar en los países donde la industrialización se hallaba fuertemente desarrollada, como suponía el marxismo, sino en la económicamente atrasada Rusia, organizada en torno del sector productivo primario y a un capitalismo incipiente impulsado por la autocracia zarista y no por una ascendente burguesía industrial. Esta situación tornaba la experiencia rusa especialmente atractiva para las izquierdas latinoamericanas.

La Segunda Internacional, fundada en 1889, adoptó como orientación el reformismo gradualista, inspirado en la teoría de Eduard Bernstein, que rechazaba la toma del poder revolucionario. Esta posición fue adoptada por la mayoría de la conducción del socialismo argentino, pese a que desde 1912 una corriente de izquierda, que adhería al

¹ Historiador, investigador y docente.



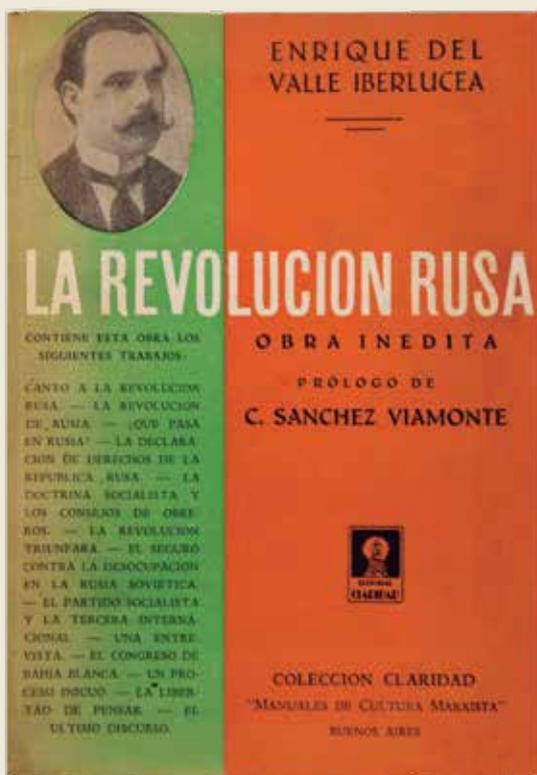
“El agitador”, grabado de Abraham Regino Vigo, serie *Los oradores*, 1933.

marxismo revolucionario, planteó una disidencia de carácter radical. Esta escisión larvada se ahondará con los posicionamientos respecto a la Guerra Mundial, entre “intervencionistas” y “neutralistas” que se potenció con el hundimiento del buque *Monte Protegido*, en abril de 1917, y poco más tarde de la embarcación mercante *Toro*, también de bandera argentina por parte de las fuerzas alemanas. Esta situación ponía en peligro la realización práctica de la libertad de comercio que defendía el grupo parlamentario que hegemonizaba la dirección socialista. Desde las páginas de *La Vanguardia*, órgano del Partido Socialista (PS), se convocó a la unidad nacional y se exhortó al presidente Hipólito Yrigoyen a romper relaciones con Alemania. El episodio dio paso a una fuerte controversia al interior de la dirección del PS, que derivó en el enfrentamiento abierto de dos posturas irreconciliables: un sector mayoritario —encarnado por los legisladores del partido— que reclamaba sanciones contra el Reich alemán, por un lado, y un grupo minoritario —liderado por el obrero gráfico José Penelón y el poeta Juan Ferlini— que desde posiciones internacionalistas se oponía a la participación de los trabajadores argentinos en un “conflicto interimperialista”. Dada la magnitud de la confrontación, se celebró en el mes de abril el III Congreso Extraordinario del PS en el que la mayoría de los afiliados adhirió a la moción internacionalista. No obstante, el grupo parlamentario rechazó las resoluciones del Congreso, forzando en diciembre la ruptura del ala internacionalista que bregaba por un neutralismo militante. Esta última dio origen, en los días 5 y 6 de enero de 1918, al Partido Socialista Internacional (PSI), llamado más tarde, con motivo de su admisión en la IC, Partido Comunista de la Argentina (PCA). Este último definió su adhesión a la IC cuando, tras la presentación del informe elevado por Rodolfo Ghioldi en el Primer Congreso Extraordinario del partido, fueron aprobadas por unanimidad las veintinueve condiciones impuestas por la IC. A partir

de entonces, el PC argentino se convirtió a su vez en la “sección argentina de la IC”. Desde las páginas de su órgano oficial, *La Internacional*, el PSI pregonó el internacionalismo y la construcción socialista centrada en la lucha de clases. Propuso analizar la realidad socioeconómica argentina mediante la crítica marxista y reemplazó el reformismo bernsteiniano imperante en el socialismo argentino por la transformación revolucionaria, de corte soviético, enfrentando el parlamentarismo unívoco que practicaba el socialismo. En la formación del PSI no estuvo directamente implicada la Revolución rusa, sino las urgencias planteadas a la política argentina por las coyunturas nacional e internacional.

El PS no se vio perjudicado únicamente por la escisión que originó la fundación del Partido Socialista Internacional, sino que experimentó cuatro años más tarde una nueva y profunda crisis intrapartidaria vinculada a los efectos de la Revolución rusa. Se trató de la ruptura de los “terceristas”, así llamados por abogar en favor de la adhesión irrestricta del socialismo a la Tercera Internacional. En su IV Congreso Extraordinario, el voto de los socialistas fue unánime a la hora de decidir la salida de su partido de la Segunda Internacional y de reconocer el nuevo gobierno soviético, lo que no implicó un apoyo mayoritario a la propuesta de que el PS pasara a integrar la Tercera Internacional. Una parte de los terceristas terminó ingresando a las filas del PC, en tanto que otros permanecieron en el partido, y también hubo quienes optaron por la independencia del activismo no-partidista.

Constituyéndose en el primero en su género en toda América Latina, el PC argentino fue en su origen eminentemente urbano, con base en la Capital Federal y el Gran Buenos Aires. Se propuso interpretar el papel de representante de Moscú en la región sudamericana y se erigió en el partido guía que debía colaborar en los procesos de conformación y consolidación de los partidos comunistas vecinos. La acción parlamentaria continuó



ocupando un lugar importante en la práctica partidaria de la nueva formación política, pero se le concedió un nuevo lugar limitado a la propaganda revolucionaria, y por ende subsidiario de la lucha de clases. Los comunistas intentaron desde temprano penetrar en el movimiento obrero, haciéndose eco de la consigna de la IC, lanzada en 1922, respecto a la táctica del “frente único” referida a la necesidad de “ir a las masas”, estrechando lazos con los sindicatos. Los marxistas revolucionarios pusieron tempranamente el eje de su construcción en la importancia de unificar la lucha política y la lucha económica que eran complementarias en su objetivo final. Dentro del anarquismo, también fueron sensibles los cambios desatados por la irrupción del bolchevismo a escala mundial y del comunismo identificado con él a nivel nacional. En su Primer Congreso extraordinario de octubre de 1920, en el que participaron delegados pertenecientes a 220 sociedades adheridas y 56 autónomas, la anarquista Federación Obrera Regional Argentina (FORA)

reafirmó su compromiso ideológico con el comunismo anárquico y con la organización de los gremios en base a un sistema federalista. Si bien el Congreso se pronunció a favor de expresar su solidaridad con las fuerzas revolucionarias rusas, se abrió paso una fuerte polémica al interior de la FORA anarquista. El proceso de transformación radical de la Rusia soviética contó a los anarquistas como participantes activos en el desarrollo de los acontecimientos desde un principio, pero cuando en octubre se hizo evidente la hegemonía bolchevique, mantuvieron un enfrentamiento con la concepción de la “dictadura del proletariado”. Esta posición teórico-ideológica era contraria a los fundamentos esenciales del anarquismo, puesto que chocaba con el planteo de la necesidad de conducir la destrucción del Estado. El anarquismo se encontró en la disyuntiva de seguir apoyando la experiencia comandada por el bolchevismo o hacerse a un costado.

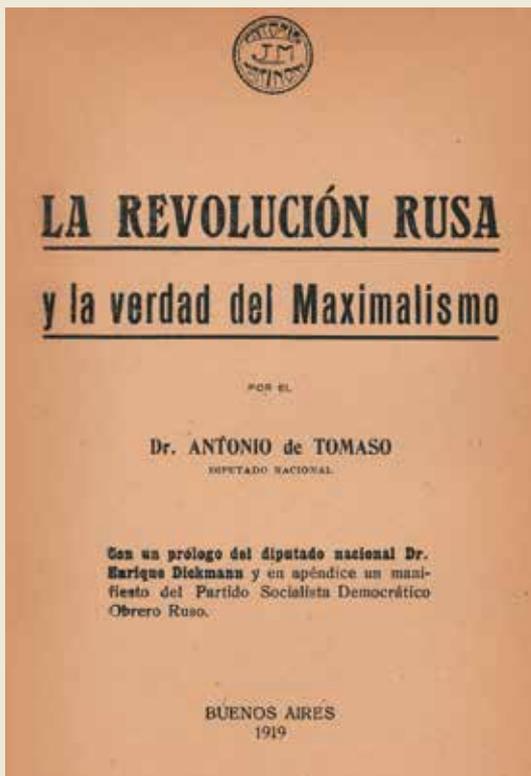


Nicolás Repetto.



La intención de la IC de incorporar las expresiones sindicales, expuso nuevamente las diferencias en el seno del anarquismo, entre los seguidores del teórico Bakunin, que proponían la conformación de la Asociación Internacional de Trabajadores, capaz de encarnar la realización libertaria del sindicalismo federalista, en oposición al grupo de orientación “anarcobolchevique” que manifestó su intención de reforzar los lazos con la IC y la Internacional Sindical Roja, su expresión gremial. Esta situación conllevó a que el anarquismo sufriera una escisión, por la cual la mayoría de los anarcobolcheviques emigraron a la FORA rival —(IX Congreso) que declinó finalmente su participación en la Internacional Sindical Roja— y al PC.

Si la Revolución rusa ejerció una influencia temprana en el escenario político argentino, la prolongación de la experiencia soviética continuó ahondando la trascendencia que guardaba en el PC argentino, a medida que transitaba los años veinte, y lo llevó a convertirse en un partido cada vez más volcado a un internacionalismo “absoluto”. La ruptura de José Penelón y su grupo, en el año 1927, orientada hacia el desarrollo de un comunismo de raigambre nacional, significó la consolidación de Victorio Codovilla y Rodolfo Ghioldi en la dirección del partido, lo que redundó progresivamente en la supeditación de todas las prácticas más inmediatas de la Sección Argentina a las necesidades expresadas por la Tercera Internacional. El impacto de la Revolución bolchevique fue haciéndose cada vez más intenso con el correr de los años entre los comunistas argentinos.



temprana en el escenario político argentino, la prolongación de la experiencia soviética continuó ahondando la trascendencia que guardaba en el PC argentino, a medida que transitaba los años veinte, y lo llevó a convertirse en un partido cada vez más volcado a un internacionalismo “absoluto”. La ruptura de José Penelón y su grupo, en el año 1927, orientada hacia el desarrollo de un comunismo de raigambre nacional, significó la consolidación de Victorio Codovilla y Rodolfo Ghioldi en la dirección del partido, lo que redundó progresivamente en la supeditación de todas las prácticas más inmediatas de la Sección Argentina a las necesidades expresadas por la Tercera Internacional. El impacto de la Revolución bolchevique fue haciéndose cada vez más intenso con el correr de los años entre los comunistas argentinos.



Cortejo fúnebre, enero de 1919. Archivo General de la Nación.

LA SEMANA TRÁGICA Y EL CASO PEDRO WALD

POR FLORENCIA UBERTALLI¹

El 2 de diciembre de 1918 los obreros de la empresa metalúrgica Vasena se declararon en huelga. Su pliego de reivindicaciones consistía en la reincorporación de trabajadores despedidos por actividades gremiales, una reducción horaria de 11 a 8 horas de trabajo y la implementación del descanso dominical (que ya era ley, pero no se cumplía), entre otras mejoras laborales. La empresa se negó a negociar y recurrió a la ayuda de la flamante Asociación del Trabajo (órgano

de representación empresarial creada pocos meses antes), para conseguir trabajadores “crumiros”, hoy conocidos como “carneros”. El 7 de enero de 1919, sin embargo, lo que comenzó como una mera huelga sectorial tomó enormes dimensiones cuando un grupo de trabajadores fue reprimido con balas de plomo por la policía. La balacera dejó como saldo los primeros treinta heridos y cuatro muertos. Los hechos trascendieron la historia argentina y hoy se los reconoce como



Grupo de huelguistas durante las protestas, enero de 1919. Archivo General de la Nación.

Panorámica del cortejo fúnebre, enero de 1919. Archivo General de la Nación.



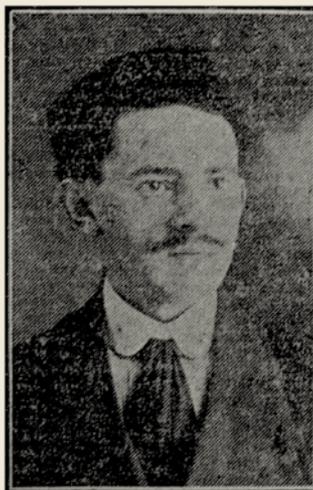
¹ Investigadora de la Biblioteca Nacional.



Diario *La Nación*, 13 de enero de 1919.

“Semana Trágica”. Al día siguiente, las dos centrales obreras de entonces llamaron a la huelga general que se extendió por otras ciudades del interior del país, alcanzando incluso a Montevideo.

El 9 de enero de 1919 el numeroso cortejo fúnebre que se proponía llevar a las cuatro víctimas fatales hasta el cementerio de la Chacarita fue nuevamente atacado por la policía, dejando un saldo de muertos desconocido. A las fuerzas represivas policiales se sumaron, primero, las Fuerzas Armadas, que militarizaron la ciudad, y luego, un grupo importante de civiles pertenecientes a distintas familias de la oligarquía porteña. Los principales diarios de la época como *La Razón*, *La Prensa* y *La Nación*, se refirieron a estas fuerzas de choque como “vecinos” que se suman a la “acción pacificadora” de la policía. Bautizados en un primer momento como “Defensores del orden”, el grupo pasó a reconocerse con el nombre de Liga Patriótica Argentina.



Pedro Wald. *La Nación*, 13 de enero de 1919.

Si la huelga paralizó la ciudad, esas diferentes fuerzas estatales y paraestatales lejos de pacificar la situación expandieron el terror y la represión entre la población, incluso la que era ajena al movimiento insurreccional.

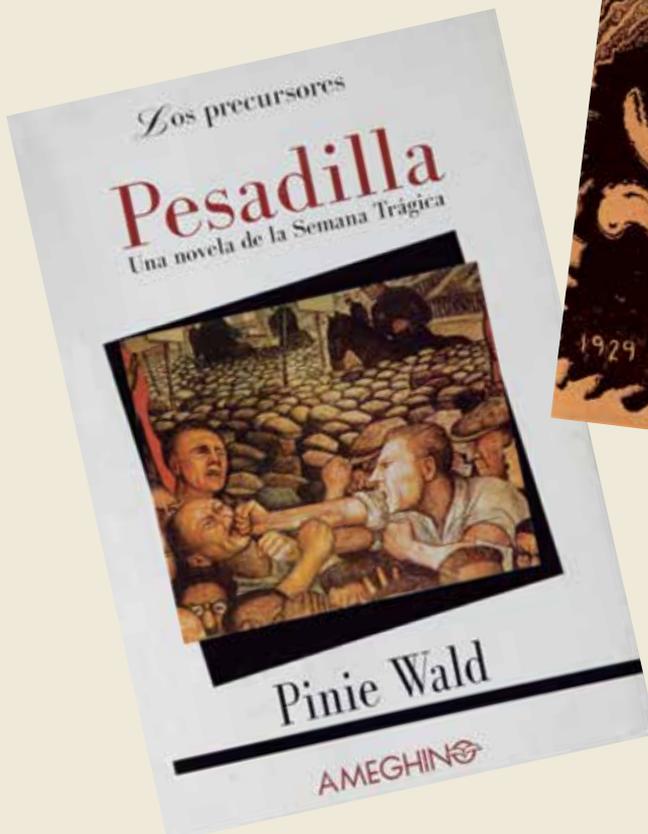
Entre los blancos principales de la cacería estaban los migrantes de origen ruso-judío, que habían llegado a la Argentina escapando de los pogroms perpetrados durante el régimen zarista. Aquellos civiles armados y avalados por las fuerzas de seguridad arremetieron contra los vecinos de ciertos barrios connotados como “rusos”, dejando como saldo un número impreciso de hombres, mujeres y niños masacrados, violados y torturados, muchos de ellos en las propias comisarias.

Los titulares de los diarios reflejaron los límites imprecisos que asumieron en el imaginario de los sectores dominantes los enemigos del orden. Los términos “rusos”, “maximalistas”, “ácratas”, “anarquistas” y “sovietistas” eran usados de manera

indistinta para referirse a los “culpables” de la insurrección popular. La furia paranoica de la oligarquía no se descargó únicamente sobre los trabajadores que exigían mejores condiciones laborales y se identificaban ideológicamente con el anarquismo o el socialismo: ser judío o ruso era condición suficiente para ser considerado un enemigo.

Nada dijo la gran prensa acerca de este pogrom porteño a plena luz del día. Sí, en cambio, siguió muy de cerca los esfuerzos llevados a cabo por la policía argentina y uruguaya para desbaratar lo que, a primera vista, parecía ser el verdadero factor desencadenante de la situación: un complot ruso maximalista para instaurar la “República federal de los Soviets” en Argentina. El epicentro del operativo consistió en el arresto del supuesto líder y futuro presidente de los soviets, un periodista judío de origen polaco llamado Pedro Wald. El presunto conspirador era miembro de una organización judía socialdemócrata llamada Avangard y director del periódico en

yiddish *Di Presse*. El 10 de enero fue arrestado junto con otros dos desdichados acusados de ser el jefe de Policía y el ministro de Guerra del nuevo régimen. Wald permaneció bajo arresto una semana, período durante el cual fue sometido a torturas y vejaciones que describe en su libro *Pesadilla*, publicado originalmente en yiddish. Recién en el año 1987 el texto fue traducido al castellano por Simja Sneh, y en 1997 publicado por Editorial Ameghino, en la versión que circula en la actualidad. Ni en el caso Pedro Wald ni en el de los centenares de civiles asesinados durante aquellos acontecimientos, sus responsables han sido juzgados.



Tapa del libro de Pedro Wald, en la edición en yiddish de 1929.

Marinada



SETIEMBRE
1937

URSS

EL FANTASMA DE LA REVOLUCIÓN Y LA FORMACIÓN DE UNA NUEVA DERECHA

POR LUIS ALBERTO RÖMER¹

En la Argentina, el ciclo de agitación insurreccional —difícilmente calificable como revolucionario— se inició en 1917, tuvo su epicentro en la Semana Trágica de 1919 y en las intensas huelgas de ese año, se prolongó hasta 1921 o 1922, e incluyó dos sucesos tan violentos como lejanos de la atención pública: uno en la zona de La Forestal, en el Chaco santafesino, y otro en la Patagonia.

Seguramente las noticias de una revolución en Rusia —de rumbo incierto y mal conocida— agitaron la imaginación de los trabajadores movilizados y, sobre todo, de sus dirigentes políticos y sindicales. Pero sería imposible comprender el ciclo huelguístico de 1917 sin la referencia a su antecedente: las huelgas generales, dirigidas por los anarquistas, que comenzaron en 1901 y culminaron en 1910. La inquietud social fue mucho más amplia y variada, e incluyó la huelga de chacareros de 1912, la agitación estudiantil que terminó con la Reforma de 1918 y el activismo revolucionario de la Unión Cívica Radical, cuya intransigencia afectaba la legitimidad del orden político.

Sin embargo, ese clima agitado había cambiado considerablemente hacia 1917. La reforma electoral de 1912 legalizó e integró la protesta política. La movilización de los arrendatarios rurales derivó en la organización de la Federación Agraria, dedicada a negociar con la parte patronal y a conseguir apoyos políticos entre socialistas y radicales. En el

movimiento obrero, desde 1915 los partidarios del comunismo anárquico perdieron el liderazgo, que fue asumido por el sindicalismo, un movimiento de raíz anárquica pero concentrado en la organización sindical. Se dedicaron a organizar eficientemente los gremios vinculados con la exportación —navales, portuarios, ferroviarios— y a utilizar dosificada la protesta, realizada en los momentos y los lugares neurálgicos de la producción y la comercialización agropecuaria. Sus huelgas eran el punto de partida de negociaciones que tenían como partícipe destacado al gobierno. Esta práctica, llamada reformista, fue acompañada por el Partido Socialista, con peso en algunos sindicatos, que subordinaba la acción gremial a la acción política parlamentaria. Ciertamente desde 1917, cuando



Incendio en los talleres Vasena, enero de 1919. Archivo General de la Nación.

¹ Historiador, investigador y docente.



Patagonia Rebelde. Estancieros armados durante el conflicto, 1922-1923. Colección Carlos Brega.

el ciclo de protesta se intensificó, aparecieron dirigentes que fueron más allá de este horizonte reivindicativo, como ocurrió en las huelgas de la Patagonia. Otras veces la misma movilización desbordó cualquier dirigencia, como ocurrió en la Semana Trágica de enero de 1919, cuando un conflicto sindical se transformó en una insurrección urbana. Pero estos desbordes no se tradujeron en la emergencia de una dirección revolucionaria convencida y potente.

La oleada de protestas sindicales, que se despliega entre los años 1917 y 1922, estuvo sin duda estimulada por un imaginario revolucionario que enraíza en la Rusia soviética. Pero se debió principalmente a los efectos de la Primera Guerra Mundial, que afectó exportaciones, importaciones, ingresos fiscales, precios y ocupación complicando a los trabajadores y también a los empresarios y gobernantes. En los momentos de depresión, usualmente las protestas se aplastan y se va acumulando un stock de demandas, que

afloran cuando comienza la recuperación y existe la posibilidad de satisfacerlas. Sobre estas modestas bases se activó un sindicalismo moderado pero mucho más eficiente que el anarquista, capaz de paralizar el puerto y estrangular la economía, que desató un reclamo generalizado. La suma de muchas huelgas con reivindicaciones concretas y realistas produjo una transformación cualitativa: una protesta masiva que, a la luz de los sucesos de Rusia, podía ser interpretada por los patrones como el prolegómeno de una insurrección semejante a la soviética.

La extensión de la movilización huelguística se debió, en buena medida, al cambio de la política gubernamental introducido por Hipólito Yrigoyen, un presidente democrático y reformista. Hasta 1916 la huelga era considerada una alteración grave del orden público, reprimida por la policía, cuando bastaba, o por las fuerzas armadas cuando se desmadraba y tocaba puntos sensibles de la economía. Los patrones descontaban ese

apoyo represivo del Estado, y en esa seguridad sustentaban su intransigencia frente a los huelguistas y su negativa a reconocer a los sindicatos. Yrigoyen decidió suspender la represión automática, permitir el desarrollo de la actividad sindical y ofrecer su mediación cuando el conflicto había llegado a cierto punto. Fue un recurso novedoso e inicialmente efectivo, sobre todo por la enorme autoridad de un presidente que gozaba de una nueva legitimidad.

Pero esa autoridad personal, no institucionalizada, fue desgastándose. Detrás de ella no había ningún soporte institucional o legal. El Departamento Nacional del Trabajo, fundado en 1907, era una oficina que recopilaba legislación y estadísticas pero usualmente no intervenía en los conflictos. Detrás del presidente solo estaba el jefe de Policía, según una tradición que remonta a principios del siglo XIX —otro mundo— cuando a la policía le competía cualquier problema de orden urbano. Yrigoyen se propuso desarrollar distintas políticas sociales, pero nunca tuvo los recursos para convertirlas en leyes con las que construir nuevas instituciones, de modo que todas sus intervenciones fueron coyunturales. En 1917 podía recibir al dirigente marítimo Francisco García —el primer sindicalista que entró en la Casa de Gobierno— pero, en 1919, cuando el conflicto en los talleres Vasena derivó en una insurrección urbana, renunció a sus intenciones moderadoras y negociadoras. Aceptó entonces que el Ejército interviniera para restaurar el orden, a costa de muchas vidas, las suficientes como para que las jornadas pasaran a la historia como la Semana Trágica.

En enero de 1919 el gobierno de Yrigoyen pasó de la negociación a la represión. El viejo régimen político, desplazado en 1916, también había oscilado entre ambas opciones: a la Ley de Residencia de 1902 le siguió en 1904 el proyecto de un Código de Trabajo muy moderno, que no fue aceptado por los patrones ni por los obreros. La intervención del Ejército para sofocar la insurrección en

Buenos Aires en enero de 1919 —donde tuvo su bautismo de fuego el capitán Juan Domingo Perón— fue seguida de otras intervenciones más sangrientas aún, como la de la Patagonia en 1921. Pero esa intervención violenta seguramente plantó en las fuerzas armadas la semilla de una idea: la solución a la “cuestión social” exigía algo más que represión.

Entre las clases propietarias, la inquietud arrancó con la elección de Yrigoyen, muy mal recibida. El periódico *La Frontera* fue el vocero, duro e intransigente, de quienes no creían en la idoneidad y honestidad de los políticos radicales y desconfiaban de una democracia que degeneraba en demagogia. La Revolución de Octubre de 1917 repercutió muy fuertemente en su imaginario, conformando el marco interpretativo del agitado ciclo huelguístico y de su paroxística expresión en enero de 1919. A sus ojos, los soviets ya estaban instalados y el presidente Yrigoyen era el Kerenski argentino, que alentaba la toma del poder.

Como ocurrió entonces en la mayoría de los países, surgieron grupos decididos a la acción directa, que unieron la defensa del orden social con la salvación de la patria, que creían atacada por fuerzas subversivas ajenas a la nacionalidad. En los agitados días de enero de 1919 se fundó la Liga Patriótica. La iniciativa partió del Club Naval, y convocó a adherentes provenientes de todos los campos de la vida civil, militar y religiosa. La heterogeneidad de su convocatoria aparece expresada en la figura de su presidente y animador, Manuel J. Carlés, un político radical seguidor de Marcelo T. de Alvear, que en estos años descubrió que el patriotismo era compatible con la organización de bandas violentas similares a las que el fascismo impulsaba por entonces en Italia.

La primera acción de la Liga fue organizar grupos de choque para combatir a los sindicatos, los partidos de izquierda, las bibliotecas y los centros culturales donde imaginaban que germinaba la insurrección. El nacionalismo cultural, por entonces en avance, y también el antisemitismo, suministraron los argumentos



Civiles armados junto a la policía durante la Semana Trágica, enero de 1919. Archivo General de la Nación.



para vincular al “maximalismo” con los judíos y al anarquismo con los catalanes. La Liga complementó la acción del Ejército, llegando a aquellos lugares vedados por la ley para la acción estatal.

Muchos obispos se sumaron a la Liga, pero la Iglesia y su jerarquía avanzaron por otro camino: restablecer la paz social. La Iglesia compartía el diagnóstico pero esperaba frenar la insurrección convenciendo a sus actores de que la paz social era preferible a la revolución. Se trataba de la versión local de la política de los papas del siglo XX, particularmente Pío X, cuyo lema *instaurare omnia in Christo* (instaurar a Cristo en todas las cosas) apuntaba a dar un contexto cristiano a los problemas sociales y políticos e impulsar soluciones diferentes de las del socialismo y el capitalismo.

Por entonces culminaba un proceso de reorganización interna de la Iglesia local; los obispos encuadraron a las diferentes organizaciones del heterogéneo y a veces discordante laicado católico, unificando su estrategia y sus tácticas bajo la dirección de la Unión Popular Católica Argentina. La pieza principal eran los Círculos de Obreros, fundados por el padre Grote, que pasaron a ser dirigidos por monseñor Miguel De Andrea, figura joven y en ascenso. De Andrea se propuso combatir a socialistas y anarquistas en su terreno; organizó grupos de oradores especializados, para discutir en las asambleas o en las organizaciones obreras, e impulsó manifestaciones callejeras, que daban a las consignas religiosas un contenido político.

Su mejor creación fue la Gran Colecta Nacional, lanzada en 1919 y dirigida a las clases propietarias. Advirtiendo a los patrones del peligro de perderlo todo en el caso de que triunfara el maximalismo, los incitaba a dar

mucho, para apagar el incendio. Imaginaba una masiva contribución con la que desarrollar grandes programas de vivienda y otras iniciativas similares, en el sentido de lo que empezaba a conocerse como la Doctrina Social de la Iglesia, formulada en 1891 por el papa León XIII en la encíclica *Rerum Novarum*. Lo más notable de la Gran Colecta no es la idea en sí, sino la dimensión de la iniciativa y la contundencia de los términos —los bárbaros están a las puertas de Roma, decía— destinados a convencer a empresarios, quizá algo escépticos acerca de la gravedad del problema, y a instalar entre ellos una alternativa católica para la solución de los problemas sociales y políticos.

La tercera institución organizada de urgencia, ya en 1918, fue la Asociación del Trabajo, que se propuso reunir y coordinar la acción de los patronos, comenzando por las grandes empresas de capital extranjero. Su objetivo más concreto fue reunir y organizar contingentes de “crumiros” o “carneros”, es decir, trabajadores dispuestos a ocupar el lugar de los huelguistas despedidos. Para ello se recurría a trabajadores de provin-

cias lejanas, ajenos a los sindicatos y a sus doctrinas. La Asociación del Trabajo fue conducida por Atilio Dell’Oro Maini, que era a la vez un abogado de empresas, un distinguido pensador católico y, sobre todo, un talentoso organizador. La Asociación del Trabajo se propuso algo ambicioso: integrar y coordinar al conjunto del sector de empresarios de la Argentina —grandes y pequeños—, coordinar su acción y desarrollar en ellos una conciencia de clase, algo no fácil de lograr dada su heterogeneidad y la diferencia de sus intereses. La amenaza de la insurrección marxista fue esgrimida para sostener la propuesta de un programa alternativo, más





ambicioso que el mero romper huelgas y reprimir sindicatos: se trataba de la Concordia Social —otra variante de la *Rerum Novarum*—, permanentemente predicada por la Asociación.

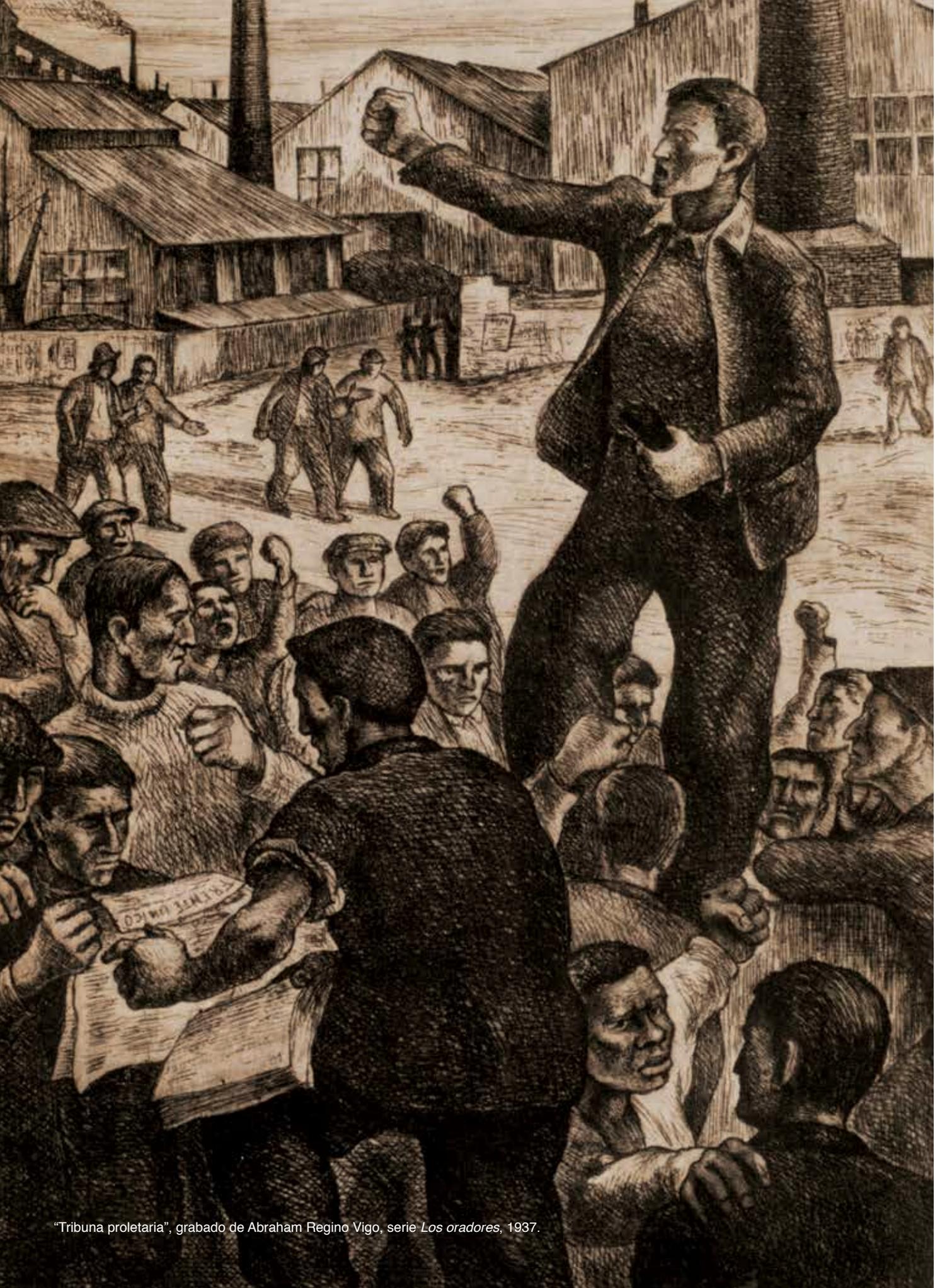
La política del garrote de la Liga Patriótica, el suministro de rompehuelgas de la Asociación del Trabajo y la militancia callejera de la Unión Popular Católica, sumadas a la acción de las fuerzas armadas, conformaron la solución de urgencia con las que las clases propietarias enfrentaron el fantasma de la revolución.

Los años entre 1917 y 1922 fueron excepcionales en la historia política argentina, pues los conflictos sociales se manifestaron de manera polar, enfrentando a trabajadores y patronos. Pero sus protagonistas no estaban decididos a profundizar el enfrentamiento. Las voces predominantes en el mundo de los trabajadores apuntaban no tanto a la ruptura como a lograr el reconocimiento de los sindicatos e institucionalizar la negociación. En el campo patronal, la energía puesta por la Iglesia o la Asociación del Trabajo muestra las dificultades de insuflar la idea de la unidad de propósitos en un sector propietario heterogéneo, reacio a actuar conjuntamente.

Hacia 1922, al tiempo que se extinguía la primera marea revolucionaria —solo la Unión Soviética permaneció en pie—, los efectos de la crisis de posguerra habían pasado para la Argentina que recuperó su lugar en el mundo durante los “años dorados”, prolongados hasta 1930. Bajo la presidencia de Marcelo T. de Alvear se redujeron muchos factores de intranquilidad política y el Estado comenzó a recuperar la senda del reformismo social anterior al gobierno de Yrigoyen. Las tensiones se relajaron y volvieron a funcionar los mecanismos de fondo de una sociedad que crecía, prosperaba, se diversificaba y alentaba una movilidad social que permanentemente corroía las identidades de clase.

En el mundo de las derechas la fragmentación fue mayor que la convergencia; por ejemplo, un vigoroso grupo nacionalista inspirado en Maurras desertó de la derecha liberal. Pero la experiencia surgida del impacto de la Revolución de Octubre dejó un saldo. La Liga Patriótica guardó los garrotes y se dedicó a organizar congresos donde se estudiaba la “cuestión social”, de un modo parecido al que lo hacía el Museo Social Argentino. La Iglesia elaboró una propuesta global, en la que se sumaban su Doctrina Social y la propuesta del reinado universal de Cristo, discutidas en las Semanas Sociales y en los cursillos de los militantes de la Acción Católica. En la Asociación del Trabajo hubo deserción masiva de los empresarios y gerentes, pero sus intelectuales, como Dell’Oro Maini, mantuvieron su actividad en las organizaciones católicas.

En todos estos debates hubo coincidencia sobre la importancia del Estado para regular los conflictos, y en la necesidad de recuperar su control, desplazando a los dirigentes surgidos de una equívoca democracia. Por entonces la Iglesia, inspirada por Pio XI, concibió para Argentina un vasto plan de conquista del Estado a través de un Ejército ganado para el catolicismo. Ese fue finalmente el núcleo de ideas en torno del cual las clases propietarias y conservadoras comenzaron a actuar coordinadamente, listas para responder a eventuales desafíos revolucionarios. Creyeron verlos en la segunda mitad de la década de 1930, en tiempos de la Guerra Civil española, cuando experimentados militantes comunistas organizaron y politizaron porciones importantes del sindicalismo. Por entonces, no seguían ya la inspiración de la revolucionaria Rusia de Lenin, sino de la más disciplinada Unión Soviética de Stalin. La presencia de “banderas rojas” en lugar de la celeste y blanca, fue uno de los argumentos esgrimidos en el golpe de 1943, y luego en la campaña electoral de Juan Domingo Perón.



"Tribuna proletaria", grabado de Abraham Regino Vigo, serie *Los oradores*, 1937.

LA REVOLUCIÓN RUSA Y LA GENERACIÓN ARGENTINA DE 1917

POR HORACIO TARCUS¹

La Revolución de Octubre impactó profundamente entre los escritores, intelectuales y artistas de su tiempo. Si las figuras de la cultura habían sido ampliamente receptivas de los ideales de redención humana en tiempos de la promesa anarquista o socialista de fin de siglo, y si años después se habían sentido profundamente sacudidas por la experiencia de la Gran Guerra, a partir de 1917 sus expectativas van a inscribirse en el orden de la realización. La revolución no era ya una lejana promesa de redención, estaba aconteciendo aquí y ahora, en un espacio y un tiempo determinados. Esa revolución ensayaba la edificación de un orden social emancipado no solo en lo económico, sino también en lo social, en lo cultural, en lo moral. Redimiría tanto a los obreros y a los campesinos como a las mujeres, a los jóvenes y a los intelectuales. Junto a un nuevo mundo económico, se estaba erigiendo un nuevo orden cultural y una nueva moral sexual.

Además, a diferencia de las otras revoluciones que había conocido la historia, no aparecía como un fenómeno puramente espontáneo, sino como una revolución “prevista” por la teoría marxista. Sus máximos artífices eran no solo dirigentes de masas, sino también grandes intelectuales, como Lenin y Trotsky, Bujarin y Lunatcharsky. El mundo de la cultura de todo el globo siguió con avidez la doctrina de esta primera “revolución teórica” de la historia. A través de sus textos se ponía

en circulación un lenguaje político renovado, donde aparecían por primera vez “soviet” y “sistema soviético”, “mencheviques” y “bolcheviques”, los “comisarios del pueblo” y el “Sovnarkon”, el “ejército rojo” y los “ejércitos blancos”, la “dualidad de poderes” y la “insurrección”, el “derrotismo revolucionario” y la “autodeterminación de los pueblos”, el “capital financiero” y el “imperialismo”. Hasta la irrupción de la Revolución china en 1949 o la cubana diez años después, el imaginario revolucionario mundial quedó hasta tal punto capturado por el poderoso magnetismo del proceso ruso que todos los movimientos radicales posteriores eran juzgados según los momentos y las figuras que proporcionaba la vara soviética. Derechas e izquierdas buscaban afanosamente en América Latina los equivalentes locales de Kerensky o de Martov, de Lenin o de Kornilov.

Decíamos al comenzar que si pudiéramos el foco en la actitud de los intelectuales consagrados de la generación de Lugones, ciertamente José Ingenieros podría aparecer como una excepción. Sin embargo, la vivencia

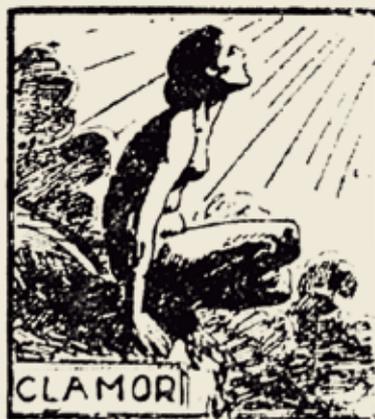


¹ Historiador, investigador y docente.

traumática de la guerra y expectativa redentora de Octubre van a devenir experiencias constitutivas de la generación más joven, la de los hombres y las mujeres nacidos en torno a 1900. Cuando en noviembre de 1918 José Ingenieros pronunciaba en el Teatro Nuevo su conferencia “Significación histórica del movimiento maximalista”, estaba interpe- lando sobre todo a un auditorio de jóvenes. “Jamás, como aquella noche, Ingenieros es- tuvo tan cerca de nuestro corazón”, evoca- ba Aníbal Ponce, que entonces tenía veinte años. También Sergio Bagú, otro de los jó- venes reformistas de 1918, hablaba en nom- bre de su generación cuando recordaba a 1917 como el año de una “fiebre renovada- ra”. Ya la Revolución de Febrero —recordaba Bagú— había desviado la atención de la mera oposición bélica entre aliadófilos y ger- manófilos. “Pero fue en Octubre, cuando los bolcheviques hicieron su revolución, que la polémica creció y se colocó en la zona ardo- rosa de la cuestión social”. Mika Feldmann e Hipólito Etchebehere desde *Insurrexit*, Juan Antonio Solari desde *Bases*, los cordobeses Deodoro Roca, Saúl Taborda y Carlos Astra- da desde *Mente* fueron algunas de las voces juveniles que se alzaron inmediatamente en apoyo del gobierno de los soviets.

Algunos hombres de la vieja generación pero sobre todo los jóvenes pasaban sin solución de continuidad del pacifismo al antimilitarismo, y de allí al entusiasmo por la revolución. Un derrotero semejante al de intelectuales franceses fervorosamente leídos por los argentinos durante los años de la Gran Guerra, como el Henri Barbusse de *El fuego*, el Anatole France de *Los dioses tienen sed* y el Romain Rolland de *Juan Cristóbal*, libros que conocían por entonces innumerables ediciones populares (por no decir ediciones pirata). Los intelectuales de la izquierda francesa habían lanzado en 1919 su revista *Clarté*, yuxtaponiendo una vez más Ilustración y Revolución. Desde uno de sus primeros números invitaban, al mismo tiempo que se funda- ba en Moscú la Internacional Comunista,

a la constitución de una “Internacional del Pensamiento”. José Ingenieros se apresuró a traducir el manifiesto de los intelectuales franceses y a auspiciar la nueva Internacio- nal de los intelectuales desde su *Revista de Filosofía*, aunque los ecos del llamado de *Clarté* se hicieron sentir incluso en los críti- cos culturales Roberto F. Giusti, Alfredo A. Bianchi y todo el equipo editor de la revista *Nosotros*. Si bien Juan B. Justo y Antonio de Tomaso se distanciaron de la Revolución de Octubre y resistieron con tenacidad cualquier vínculo del Partido Socialista con la naciente Internacional Comunista, algunas figuras di- sidentes del socialismo argentino como los diputados Alfredo Palacios y Augusto Bunge, y el senador Enrique del Valle Iberlucea die- ron la nota discordante. Más lejos en su ad- hesión a la nueva Internacional llegaron los jóvenes socialistas “terceristas” —como José P. Barreiro y Gaspar Mortillaro, entre muchos otros— que se congregaban en torno a Inge- nieros y Del Valle. La respuesta al llamado de Henri Barbusse y Romain Rolland alcan- zó enseguida un eco continental: estos jóve- nes editaron en Buenos Aires, durante el año 1920, una primera revista *Claridad*, al mismo tiempo que la Federación de Estudiantes de Chile lanzaba una *Claridad* santiaguina. Tres años después, el joven estudiante Víctor Raúl Haya de la Torre —y tras él José Carlos Mariátegui— publicaba en Lima una *Claridad* peruana, también de ambición latinoamerica- na e internacionalista. En 1922, el español





transterrado en la Argentina, Antonio Zomara, publicaba los primeros folletos de la Editorial Claridad, que fue durante medio siglo el mayor centro de difusión de cultura izquierdista con proyección continental.

La guerra y las dos revoluciones, la de Febrero y la de Octubre, coincidieron con el ciclo de la cultura popular, del libro barato y del folleto ofrecido a centavos en el kiosco de diarios. El impresor Lorenzo Rañó lanzaba en 1918, bajo el título de “¡El triunfo maximalista!”, la Constitución de la República Soviética sancionada apenas unos meses antes. Ediciones La Internacional, del recién creado Partido Comunista, comienza a difundir, también en 1918, los principales textos de Lenin y de Trotsky. Las vicisitudes de la Revolución, a través de sus principales debates, son seguidas quincena a quincena por una revista, *Documentos del Progreso*, que los “terceristas” editaron en Buenos Aires entre 1919 y 1921. Pequeñas editoriales como Adelante!, Clamor y Pax, o colecciones de folletos populares como *Las Grandes Obras*, *Los Intelectuales*, *Los Pensadores* y *Claridad*, integran a los artífices de la Revolución rusa al panteón de una versión plebeya de la tradición ilustrada, en el que conviven Voltaire con Máximo Gorki, Volney con Trotsky, Víctor Hugo con Bujarin, Marx con Nietzsche y Zola con Plejánov. Estos solapamientos no deberían sorprendernos si consideramos además

que buena parte de la recepción local de la Revolución rusa se hizo a través de Francia, donde el proceso soviético era leído a su vez desde el prisma de la Revolución de 1789. En los primeros años, la prensa argentina transliteraba “Lenine”, a la francesa, el apellido Lenin. Fue para nosotros, podríamos decir, la recepción de una recepción.

Una sociedad de amigos de Rusia comienza a editar en 1925 *Revista de Oriente*, que se propone “divulgar entre los obreros e intelectuales” la obra constructiva de la nueva Rusia, y donde colaboraron figuras como Ingenieros, José Carlos Mariátegui, Gabriela Mistral y Alfredo Palacios, así como también escritores noveles: un poeta llamado Jacobo Fijman y un ignoto cuentista que firmaba Raúl Scalabrini Ortiz. Álvaro Yunque, Aristóbulo Echegaray, César Tiempo y Roberto Mariani lanzan poco después la colección de folletos de Ediciones Hoy. Sin embargo, en materia de información sobre la URSS, la principal



fueron seguidas por Editorial Claridad, que desde 1922 lanzaba a razón de un libro por día, desde la nueva legislación laboral, pasando por los viajeros al país de los soviets, hasta la irrupción de la “nueva moral sexual” que predicaba Alexandra Kollontay.

Según rememoraba el escritor y dramaturgo Leónidas Barletta, Octubre había producido “una profunda conmoción en la conciencia popular, especialmente entre artistas e intelectuales”. Tenía apenas 15 años cuando a instancias del poeta de la bohemia anarquista Juan Pedro Calou leía el *Juan Cristóbal* de Romain Rolland al mismo tiempo que estallaba la revolución en Rusia. El encuentro en las redacciones de los diarios, en las imprentas y en los cafés porteños con otros escritores libertarios de origen popular —Nicolás Olivari, Lorenzo Stanchina, Elías Castelnuovo, Roberto Mariani, Álvaro Yunque, entre otros— dará origen al llamado Grupo de Boedo, punto de encuentro de los escritores que cultivaban el compromiso político y la estética realista de cuño ruso, en contrapunto de los

vanguardistas del Grupo de Florida. En las páginas de sus propias revistas —*Dinamo*, *Extrema izquierda*, *Izquierda*— es manifiesto su anarcobolchevismo literario, anterior a la adhesión de muchos de ellos, a comienzos de la década de 1930, al Partido Comunista. Los vanguardistas de *Martín Fierro*, motejados por los mismos boedistas como “Grupo de Florida”, se burlaron alegremente de los epígonos criollos de Gorki y de Andreiev, como en aquel soneto satírico titulado “Fedor Elieff Castelnuoff” que aparecía firmado por “Sta. En-China”. El equivalente artístico del anarcobolchevismo fue un grupo de plásticos vinculado a Boedo, los llamados Artistas del Pueblo —Guillermo Facio Hebequer, Abraham Vigo, Agustín Riganelli, José Arato y Adolfo Bellocq—, pintores y grabadores que solían exponer sus obras de celebración de la “aurora roja” en los locales obreros. Incluso las vanguardias artísticas y literarias argentinas de la década de 1920 dialogaron intensamente con las vanguardias políticas, como lo ponen en evidencia “Rusia” y “Guardia roja”, los poemas que el joven Jorge Luis Borges escribió para *Los salmos rojos*, aquel que debió ser su primer libro pero que no llegará a la imprenta por decisión de su autor:

En el cuerno salvaje de un arcoíris
Clamaremos su gesta
Bayonetas
Que llevan en la punta las mañanas.

Sin embargo, los poemas fueron dados a conocer en 1921 por el propio Borges en la revista *Cuasimodo*, donde el educacionista anarcobolchevique Julio R. Barcos pregona la “revolución de la enseñanza” iniciada en la Rusia soviética. Además, apenas regresaba de España, Borges se asoció en Buenos Aires a dos jóvenes poetas revolucionarios del grupo estudiantil Insurrexit: Francisco Piñero y Eduardo González Lanuza. Juntos trajinarán las calles de la ciudad para pegar con brocha y engrudo los carteles de la revista mural *Prisma*, en la que, arremetiendo





Poemas de Jorge Luis Borges. *Cuasimodo*, diciembre de 1921.

contra la mercantilización del arte, se presentaban a sí mismos como “millonarios de vida y de ideas”, que salían “a regalarlas en las esquinas, a despilfarrar las abundancias de nuestra juventud, desoyendo las voces de los avaros de su miseria”. De más está decir que en sus despolitizadas memorias tanto Borges como González Lanuza pusieron sordina a esta alianza juvenil entre ultraísmo y revolución.

Otro de los “insurrexistas” de 1920, el poeta y dramaturgo Conrado Nalé Roxlo, recordaba en los últimos años de su vida las interminables discusiones que solían presenciar entre “el Compañero”, un canillita anarquista, y “el Camarada”, un obrero comunista, junto con otros jóvenes de su generación. El futuro autor eglógico de “El grillo” reconocía que, entre el grupo de jóvenes que se congregaba en la mesa de la cantina apodada “El puchero misterioso”, era imposible la discrepancia, pues, el que más y el que menos, conservaba su izquierda. La joven llama del incendio ruso

iluminaba la esperanza del mundo. Y todos sabían de memoria y recitaban con entusiasmo los profanos versos de Jaimes Freire escritos muchos años antes:

La hoguera que destruya los restos del pasado
Saldrá de las entrañas del país de la nieve.

Ernesto Palacio, que después se ha paseado a sus anchas por el jardín de los senderos que se bifurcan de la política, para decirlo con expresión borgiana, traducía *El resplandor en el abismo* de Henri Barbusse y no faltaba, en compañía del cronista, a las manifestaciones del 1º de Mayo, entusiastas y desafiantes bajo el amplio vuelo de banderas rojas. En una de aquellas marchas (creo que la del año 1920) un italiano en voz de bajo profundo entonaba esto:

E morto Ramón Falcone
Masacratore.
¡Viva Simón Radowitsky,
Vindicatore!

Y la muchedumbre cantaba a voz en cuello, escandiendo las sílabas para darle mayor fuerza y mirando de través a los vigilantes:

¡Ma-sa-cra-to-re!...
¡Ma-sa-cra-to-re!...

Nalé esboza incluso una sociología de los intelectuales cuando recuerda que “Baudelaire nos había enseñado el desprecio literario al burgués, al filisteo, y era fácil transferirlo al ‘chanchito burgués’ de la Internacional. Quien esto cuenta también escribió su canto a Rusia...” la misma madrugada en que había concebido “El Grillo”:

Por el camino claro
De sol, a cielo abierto
Vienen los hombres trágicos.
Sobre su ensueño flota la bandera



“El organillo no tenía más que cuatro piezas, una de las cuales encantaba a los niños”. Leyenda en grabado de José Arato, 1925. Incluido en el libro *Los pobres*, de Leónidas Barletta.



“... y estaba con su niño en brazos, sin pensar, sin hablar, sin moverse...”. Leyenda en grabado de José Arato, 1925. Includido en el libro *Los pobres*, de Leónidas Barletta.

Que con su propia sangre empurpuraron.
Como charcos al sol, brillan sus ojos,
Claros ojos de visionarios.

El propio Barletta reconocía que “la Revolución de Octubre alcanzó a todos, progresistas y reaccionarios”. Incluso a estos últimos la revolución “les golpeó en el pecho y los hizo antiburgueses por excelencia, antiburgueses instintivos con sus revolucionarias piruetas literarias, con su revolución de la preceptiva”.

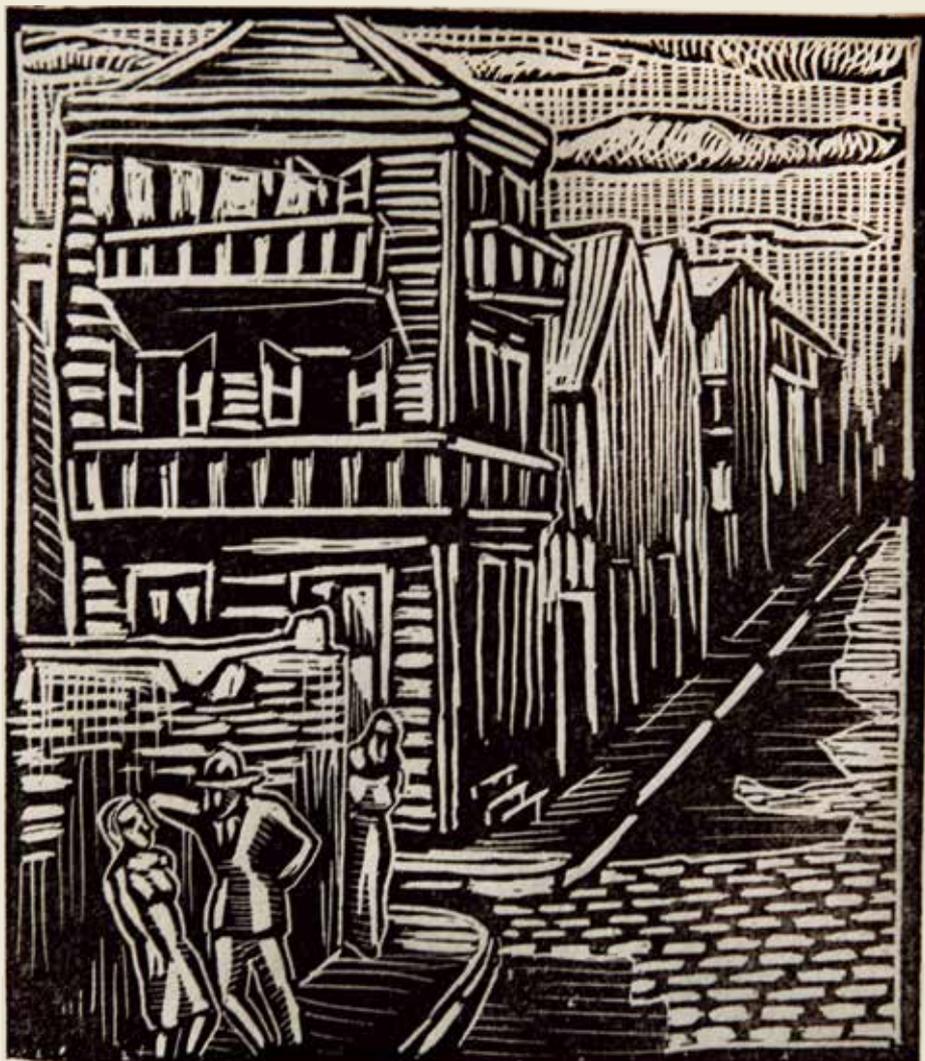
La revolución inflamó incluso a los modernistas, los escritores de la Generación del 900, quienes según el testimonio de Manuel Gálvez eran casi todos rebeldes, “unos, socialistas en diverso grado; y otros, anarquistas o anarquizantes”. Horacio Quiroga y Alfonsina Storni no dudaron en colaborar con la revista *Insurrexit* entregando relatos y poemas inéditos. Algunos abrazaban la causa revolucionaria desde filosofías materialistas, mientras que otros lo hacían desde un cristianismo social de corte antiliberal, un cierto misticismo tolstoiano, un orientalismo a la krishnamurti o incluso desde la teosofía, como el cirujano Lelio O. Zeno, el primer argentino en conocer el país de los soviets, o el espiritista Bernabé Morera, que apoyó el “maximalismo” desde revistas “espiritualistas” como *Nuevo Régimen* y *Constancia*.

Como en todo proceso de circulación internacional de ideas, los receptores locales leían los acontecimientos desde sus propios prismas y experiencias, proyectando en Rusia sus propios deseos y esperanzas. Sobre todo antes de la estabilización ideológica del “marxismo-leninismo” como ideología de Estado, nuestros anarquistas y sindicalistas revolucionarios podían leer el proceso soviético en términos consejistas: antes que un Estado erigido bajo la tutela del Partido Bolchevique, vieron o quisieron ver el autogobierno de los consejos de obreros, soldados y campesinos, lo que permitía que en las páginas de sus periódicos y revistas se reconciliaran finalmente en un abrazo Marx y Bakunin, Tolstói y Lenin,

Kropotkin y Trotsky. Ciertamente, algunos anarquistas advirtieron pronto de la ilusión y denunciaron la represión de los bolcheviques sobre las otras fuerzas de izquierda, como lo hizo tempranamente Emilio López Arango desde *La Protesta*. El anarquista ucraniano Anatol Gorelik se exilió en Buenos Aires en 1922, publicando en esta ciudad una serie de folletos críticos del bolchevismo, así como lo hizo el futuro filósofo Luis J. Guerrero desde los libros de su sello editorial Argonauta. Aca-so la obra más notable fue *Hacia una sociedad de productores*, una selección de artículos de *L'Ordine Nuovo*, la revista que editaba Antonio Gramsci en Turín, en lo que constituye la primerísima difusión del pensamiento gramsciano en cualquier idioma. Juan E. Carulla, luego editor de *Bandera Argentina*, publicaba en 1918 *La paz futura*, una antología de los pensadores revolucionarios de esos días sobre la guerra y la revolución.

Una alteración tan grande de la vida y de la conciencia como la que produjo la Revolución rusa no podía sino poner a prueba las antiguas corrientes políticas. La década larga que fue de 1917 a 1930 implicó una suerte de “barajar y dar de nuevo” de las ideologías, un crisol donde se combinaron y por un tiempo se fundieron opciones que poco antes o poco después parecían antagónicas. No solo Guerrero y Carulla sino muchos de los exponentes de una ideología tan lejana y hostil a la Revolución rusa como el nacionalismo de las décadas de 1930 y 1940 —Ramón Doll, Ernesto Palacio, Manuel Gálvez, Carlos Astrada, Saúl Taborda— serían impensables sin su entusiasmo juvenil y su posterior decepción con la experiencia soviética (solo Astrada volvería por sus fueros en la década de 1950, recuperando desde el marxismo la experiencia soviética de 1917).

En suma, es difícil encontrar escritores de la generación argentina nacida en torno a 1900 —la de Borges y Arlt, Scalabrini Ortiz y Liborio Justo— que hayan sido capaces de sus-traerse, aunque fuera por un lustro, al influjo de esa luz de esperanza que, en los años



Grabado de Adolfo Bellocq, 1922. Incluido en el libro *Historia de arrabal*, de Manuel Gálvez.

de la “decadencia de Occidente”, llegaba finalmente de Oriente. Eran aquellos, desde luego, los tiempos heroicos de la Revolución. Sin lugar a dudas, sobrevendrá, años después, en los años treinta, el tiempo de las decepciones y de las solicitaciones de otras ideologías. La Revolución rusa no escapó al destino de otras revoluciones y, como Saturno, terminó por devorar a sus propios hijos. Con los años, los anarcobolcheviques volverán al redil del anarquismo ortodoxo. Solo algunos entusiastas de 1917 pasarán a las filas del Partido Comunista o animarán los

grupos trotskistas de los años treinta. Para la mayor parte de los hombres y mujeres de la generación del 17, la revolución no había cumplido sus promesas de redención humana. Al entusiasmo sucedió la decepción. El giro conservador de un Borges o de un González Lanuza, la vuelta al catolicismo de un Nalé Roxlo o de un Gálvez, el nacionalismo agresivo de Doll, de Palacio o de Carulla, no son otra cosa que hijos del aquel amargo desengaño. Pero esa ya es otra historia.

LOS PENSADORES

Año II

Núm. 6



MAXIMO GORKI

PAGINAS DE UN DESCONTENTO

(CUENTOS Y NARRACIONES DESCONOCIDOS)

0.20 cts.
el ejemplar

DERIVAS DE LA LITERATURA RUSA EN ARGENTINA

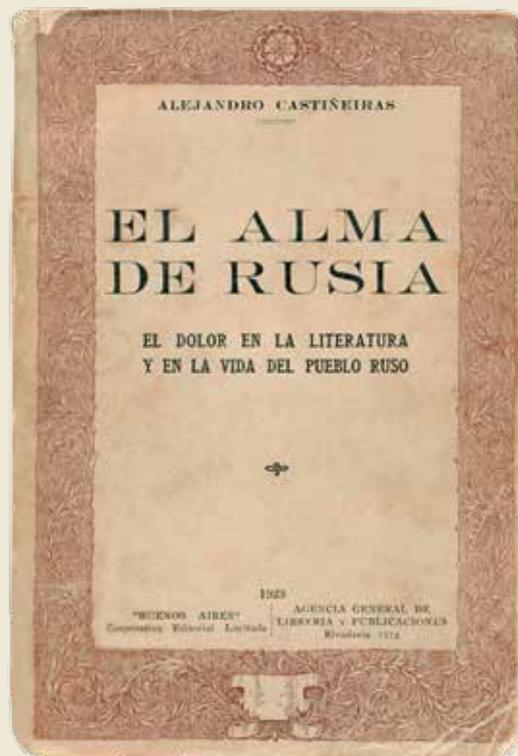
PER LUCÍA VERA СЫТРУН¹

La literatura rusa llegó a la Argentina en los comienzos del siglo XX a través de varias editoriales. Biblioteca de La Nación, el folletín *Los intelectuales* de Editorial Tognolini, la Editorial La Internacional en su colección de Documentos Revolucionarios y Editorial Alba, son algunas de las que más difundieron las exóticas letras eslavas en esa época. Sin embargo, ninguna se dedicó tan exhaustivamente a la literatura rusa como la Editorial Claridad. A través de la revista y folletín *Los Pensadores*, primero, y la revista *Claridad*, después, la política editorial de su director, Antonio Zamora, se basó en la difusión de literatura con la finalidad de una pedagogía de izquierda. La divulgación de literatura revolucionaria y socialmente comprometida, a precios accesibles, consolidó un proyecto editorial "militante" dirigido a las clases populares.

La primera obra de literatura rusa que publicó *Los Pensadores* fue *Cuentos de vagabundos* de Máximo Gorki. En lo sucesivo, la selección de obras rusas mostraría un interés particular de la editorial por los personajes marginales, que a su vez obraron como inspiración para el desarrollo de la izquierda literaria local (*Los pobres* de Leónidas Barletta y *Larvas y Tinieblas* de Elías Castelnuovo, por ejemplo).

Las primeras traducciones al español de literatura rusa fueron, en su mayoría,

traducciones indirectas que venían de versiones italianas, francesas o alemanas, algunas de ellas reimpresiones de las ediciones españolas. Entre la producción literaria rusa y la lectura argentina, otras culturas y otras lenguas mediaban y dejaban su impronta en el resultado final. Elementos no menores como la forma y el léxico, se veían distorsionados de manera tal que la particularidad de las obras se perdía. La desaparición de la



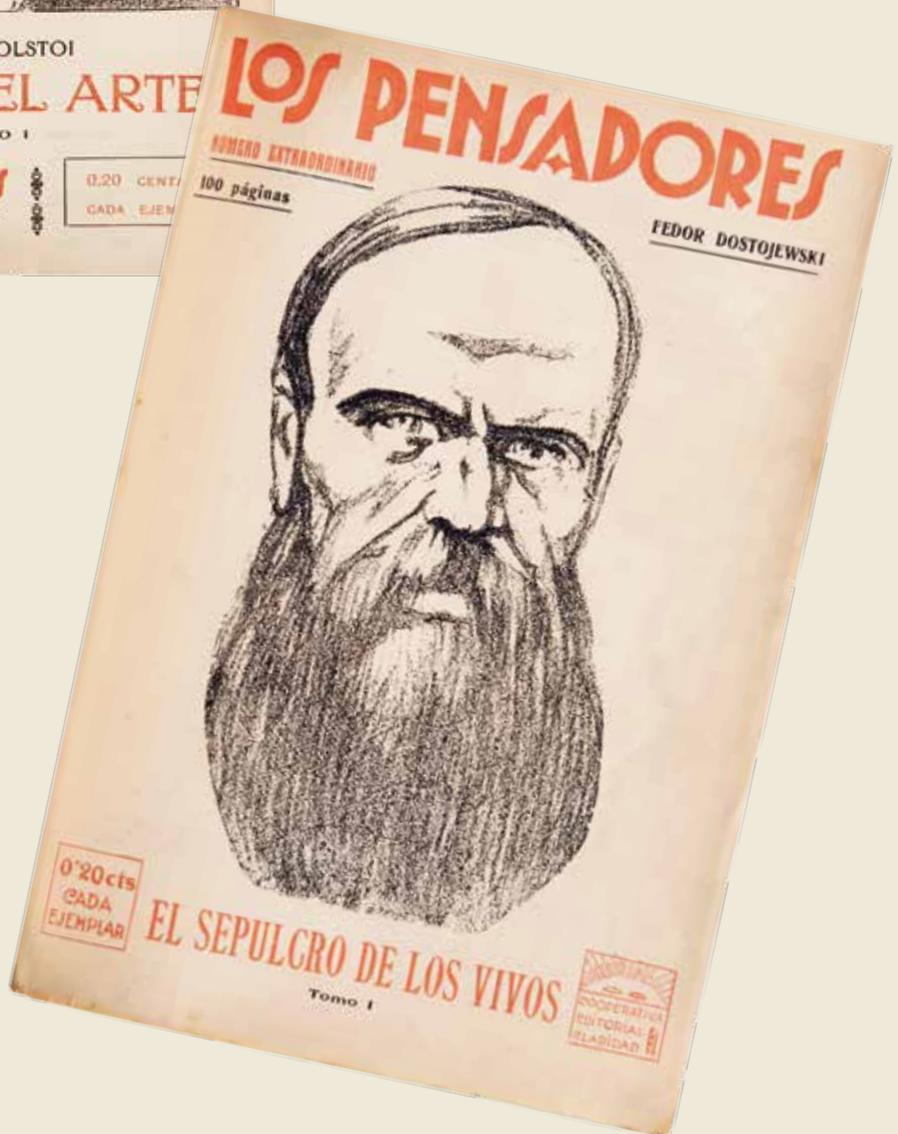
¹ Investigadora de la Biblioteca Nacional.



LEÓN TOLSTOÍ
¿QUE ES EL ARTE?
TOMO I
LOS PENSADORES
PUBLICACIÓN SEMANAL DE OBRAS SELECTAS
Año I. - N.º 38

0.20 CENT
CADA EJEM

ironía hacía de la literatura rusa una literatura pesimista y melancólica, sin lugar para el sentido del humor; y la simplificación de estructuras sintácticas complejas aparecía como un descuido intencional del estilo. Así lo entendió, por ejemplo, el crítico socialista Alejandro Castiñeiras en su libro *Máximo Gorki, su vida y sus obras*, publicado en 1919 por la Cooperativa Editorial Limitada. Allí desdeña la importancia de conocer el idioma y afirma que nada se pierde en las traducciones, dado que los escritores rusos son “grandes estilistas”. Este supuesto desdén por las formas también fue adjudicado



a los escritores de Boedo en el marco de la polémica con el grupo de Florida.

Fue a partir de estas versiones, menos propiamente rusas, menos irónicas y más trágicas, que se construyó el realismo literario de Argentina. El ejemplo que ofrecía la literatura rusa, leída a la luz de la Revolución, fue clave para el desarrollo de una literatura argentina políticamente vanguardista que se atrevió a disputar los lugares canónicos de "lo nacional" desde un sitio concreto: el barrio de Boedo, localidad de trabajadores e inmigrantes.





PUBLICACIONES ARGENTINAS ANTE LA IRRUPCIÓN DEL BÓLCHEVISMO

POR NATALIA BUSTELO¹

Tanto las noticias de la Revolución de Febrero como las de la Revolución de Octubre fueron seguidas con sumo interés por la prensa argentina y los grupos políticos. La expulsión de los zares parecía anunciar el tardío ingreso de Rusia en el liberalismo parlamentario, pero los sucesos de Octubre pronto desmintieron ese anuncio, pues se inauguraba un gobierno proletario, que poco después se definía marxista. Como en otros puntos del planeta, en Argentina el rápido devenir de las revoluciones rusas despertó fuerte temor entre las derechas y renovó el entusiasmo revolucionario entre las izquierdas. Y con ello también inauguró una intensa circulación de revistas, folletos y libros orientados al debate doctrinario y político.

En marzo de 1917 la masiva revista porteña *Caras y Caretas* narraba los sucesos de febrero y emitía un saludo a la Rusia que “ha nacido; una Rusia liberal, moderna, europea, en cuyo porvenir se ponen las más bellas esperanzas”. Meses después sus páginas reemplazaban esas esperanzas por el repudio al caos que habrían instalado desde octubre los bolcheviques. Pero fue *La Nación*, entonces el diario más importante de América Latina, el encargado de sistematizar el rechazo y temor de la gran prensa ante el alejamiento del liberalismo emprendido por la revolución de los soviets. Si durante 1918

Europa parecía el escenario de las nuevas revoluciones bolcheviques, las huelgas e insurrecciones porteñas con las que se inauguraba el año 1919 insinuaban la posibilidad de una expansión argentina. Junto a ello aparecía una serie de agrupaciones y publicaciones que buscaban o bien evitar o bien orientar el proceso revolucionario.

Para reafirmar el miedo ante una revolución bolchevique, la gran prensa difundía la noticia del desmantelamiento de un soviets porteño encabezado por el obrero judío polaco Pinie Wald. A lo que *La Nación* sumaba la primera entrevista al único argentino que hasta entonces había conversado con Lenin. El ministro plenipotenciario en Rusia, Gabriel Martínez Campos, había dejado su cargo en noviembre de 1918 y a su llegada a Montevideo concedía una entrevista al diario. Además de detallar los acontecimientos rusos, insistía en una interpretación que tendría amplia vigencia en las derechas argentinas: tanto la insurrección de febrero como la de octubre no serían la respuesta a la injusticia social, sino el resultado del misticismo del pueblo eslavo, y el temor debía crecer porque Lenin, a diferencia de Kerensky, había logrado aprovecharse de ello.

Poco después, las derechas fundaban la Liga Patriótica Argentina y la Asociación del Trabajo, dos agrupaciones que contrarrestaron

¹ Historiadora, investigadora y docente.

el conflicto social y las simpatías obreras hacia los soviets tanto con folletos que difundían un nacionalismo celoso del orden social como con grupos de choque antihuelguistas. Por su parte, el radicalismo presentaba al parlamento un proyecto de legislación laboral que era saludado por el sindicalismo revolucionario y reformulado por los diputados socialistas.

Tanto los socialistas como los anarquistas cuestionaron la asimilación del bolchevismo con el caos social. Para ello no solo desmintieron en sus publicaciones la existencia de un soviets porteño y el carácter místico de la Revolución rusa, sino que además fundaron nuevas publicaciones y colecciones editoriales encargadas de difundir las noticias sobre el bolchevismo e instalar distintas interpretaciones que simpatizaban con el proceso ruso.

Al interior del socialismo argentino se inició un prolongado debate sobre el reemplazo del gradualismo y el parlamentarismo por



una vía revolucionaria, como la seguida con éxito por los bolcheviques. Mientras el quincenario socialista *Documentos del Progreso* (1919-1921) se erigía como el principal difusor y defensor del avance bolchevique, el órgano oficial del Partido Socialista, *La Vanguardia*, y los cuadernos quincenales *Acción Socialista* (1919-1920), sobre todo a través de la pluma del diputado Antonio de Tomaso, se encargaron de sistematizar el saludo que la militancia socialista debía formular a Kerensky y las distancias hacia Lenin. Los liberales también saludaron la Revolución de Febrero, pero los argumentos eran muy distintos. Según exponía de Tomaso en los artículos que componen *La Revolución Rusa* (1917) y *La Internacional y la revolución* (1919) y confirmaba, entre otros, el folleto *La revolución rusa y la verdad del Maximalismo* de Nicolás Repetto, la Revolución de inicios de 1917 no había iniciado una era liberal, sino una posible transición gradual al socialismo, interrumpida por los bolcheviques. Al igual que para la socialdemocracia alemana,



para esos líderes socialistas la única vía para garantizar el éxito de una sociedad sin clases era la que venía desarrollando desde 1896 el Partido Socialista Argentino, esto es, la educación del pueblo en el marxismo socialista y la progresiva promulgación de leyes obreras. Así, el salto abrupto que proponían los bolcheviques no solo estaba condenado al fracaso, sino que además respondía a una doctrina enfrentada con el socialismo.

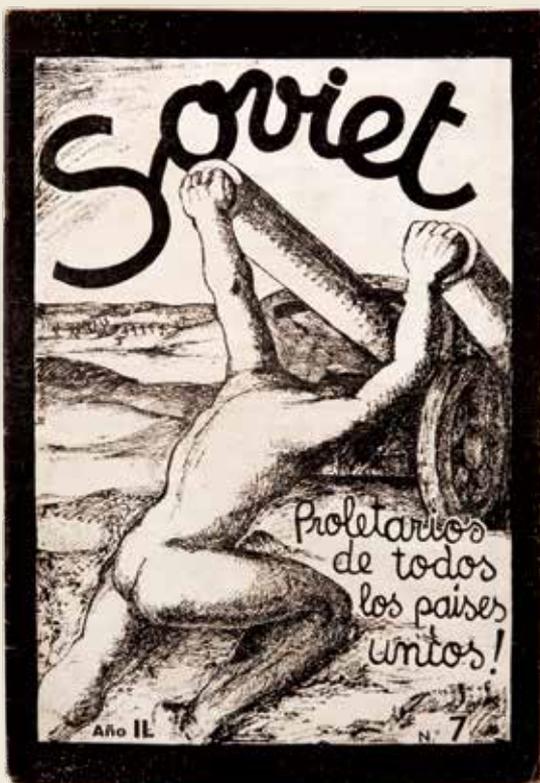
Esta interpretación no convenció a un número importante de centros socialistas, que optaron por identificar la Revolución de Octubre con una reformulación de la doctrina socialista y una oportunidad emancipatoria histórica. Estos centros reclamaron al comité central la realización de un congreso extraordinario que decidiera la adhesión a las veintinueve condiciones enviadas por la Internacional Comunista y la conversión del partido en el Partido Comunista sección argentina. Sus voceros más prestigiosos fueron el senador socialista Enrique del Valle Iberlucea —organizador junto con Alicia Moreau del Ateneo Popular y su órgano *Humanidad Nueva* (1910-1919)— y el médico José Ingenieros, figura clave en los inicios del socialismo argentino. Los numerosos discursos y artículos que preparó el primero fueron editados en 1934 bajo el título *La Revolución rusa*, mientras que los de Ingenieros ya circularon en 1921 como *Los tiempos nuevos* y en 1925 como *Las fuerzas morales*. A estos libros se sumaron los folletos de cuatro nuevas editoriales argentinas que se reconocían socialistas y bolcheviques: Pax, ¡Adelante!, Documentos del Progreso y Clamor. Además, estos socialistas fundaron las revistas *La Hora*, *Germinal*, *Claridad*, *Documentos del Progreso* y *Bases*, una “tribuna de la juventud” que se destaca por ser la primera en vincular la Reforma Universitaria al bolchevismo.

El Congreso Extraordinario del Partido

Socialista tuvo lugar en enero de 1921. Luego de una votación muy pareja, se decidió que el Partido, a diferencia de sus pares uruguayo y francés, continuaría distanciado de la Internacional. Entonces los terceristas se sumaban al pequeño grupo que en enero de 1918 había formado el Partido Socialista Internacional y que intentaba ser reconocido por la III Internacional como la sección argentina del Partido Comunista. El grupo editaba el quincenario *La Internacional* y una serie de folletos doctrinarios en un sello homónimo. Parte del material y del financiamiento era provisto por los enviados de la Internacional que se encontraban en Buenos Aires, pero hasta fines de 1922 ese material y financiamiento también era repartido entre los anarquistas que habían estrechado lazos con Moscú y, en competencia con los socialistas internacionalistas, pretendían la condición de representantes locales de los bolcheviques.

A diferencia de los socialistas, todas las fracciones anarquistas saludaron las primeras noticias bolcheviques y su prensa más importante, *La Protesta*, difundió numerosas notas que declaraban el apoyo libertario a los obreros rusos que a través de los soviets construían una sociedad sin clases y sin Estado. Se tendía a proclamar una renovación del anarquismo a partir del éxito bolchevique y a identificar a la Revolución “socialista” rusa y su comunismo marxista como el primer paso hacia el anhelado comunismo anárquico.

En abril de 1919 esta interpretación tuvo su órgano propio en el diario porteño *Bandera Roja*, pero también recibió sus primeras críticas locales. En efecto, poco después de que se conoció la represión de los bolcheviques a los anarquistas y la pérdida de poder de los soviets, el escritor anarquista Teodoro Antillí pronunció una conferencia —editada el mismo año como folleto bajo el título “Comunismo y anarquía”— en la que precisaba



la oposición doctrinal entre bolchevismo y comunismo anárquico. Valiéndose de citas de Kropotkine y del primer documento de la Internacional Comunista, rebatía a los anarquistas argentinos que concedían que “debemos pasar por un Estado socialdemócrata transitorio, al cual debe dirigirse actualmente la Revolución; y que ante él debía declararse pasivo el anarquismo, o más aún, convertirse en su apoyador activo”. Para Antillí y el grupo que poco después fundaría los periódicos *El Libertario* (1920) y *La Antorcha* (1921-1932), aquellos anarquistas —que continuarían siendo la mayoría por un par de años— debían entender que, con la decisión de conservar el salario y dictar nuevas leyes, Rusia había restringido de modo permanente la libertad. Es más, se trataría de una revolución vencida, pues Lenin y Trotsky se la habrían arrebatado al pueblo para seguir la vieja “escuela socialdemócrata” de Marx.

Al año siguiente ese tipo de críticas

encontraba un canal sistemático de circulación, pues era fundada la editorial Argonauta. Por iniciativa del futuro filósofo peronista Juan Luis Guerrero y del joven escritor Diego Abad de Santillán, un grupo de afinidad libertaria se vinculaba a Rudolf Rocker, Luigi Fabbri, Pierre Ramus y a otros teóricos del comunismo anárquico para seleccionar, traducir y publicar las críticas más esmeradas al bolchevismo. La circulación de estas críticas convertía a los que las defendían en “anarquistas puros” y a los que apoyaban a los bolcheviques en “anarcobolcheviques” o “camaleones”.

Estos anarquistas contaban con referentes en el Consejo de la Federación Obrera Regional Argentina del V Congreso (FORAV) y en la breve Federación de Estudiantes Revolucionarios. Luego de que en mayo de 1919 su órgano *Bandera Roja* fuera clausurado y sus responsables Atilio Biondi, Hermenegildo Rosales y Enrique García Thómas fueran encarcelados, encontraron un aliado en el diario porteño *La Montaña* (financiado por el radical José Lencinas pero editado por referentes anarquistas), al tiempo que fundaron nuevas revistas que conciliaban el anarquismo con el bolchevismo. Entre ellas se destaca la cordobesa *Mente*, pues en sus tres números los líderes de la Reforma Deodoro Roca, Carlos Astrada y Saúl Taborda saludaron desde una definición libertaria a los bolcheviques y los tiempos revolucionarios. Pero la propaganda anarcobolchevique más sistemática y duradera la ofrecieron los treinta y seis números del mensual porteño *Vía Libre*, aparecidos entre 1919 y 1922. Asimismo, la última apuesta importante fue la aparición de *El Trabajo*, un diario porteño —editado con algunas interrupciones entre septiembre de 1921 y abril de 1922— que contó con el financiamiento ruso y desató una fuerte polémica entre los anarquistas conocida como el “affaire internacional”.

Esa polémica y los informes rusos sugieren que los “trabajistas”, entre los que se encontraban miembros del Consejo de la FORAV, tenían el apoyo de dos de los representantes que había enviado a la Argentina la III Internacional: el obrero ruso Mijail Komin-Alexandrovsky y el inglés Maximilian Cohen, quien recorrió la región bajo los heterónimos de Henry Allen, Raminson, Abramson y Watson Davis y consiguió que los anarcobolcheviques fundaran el Partido Comunista Brasileño. Ambos les habrían facilitado a los trabajistas financiamiento bolchevique para unificar al movimiento obrero argentino e inscribirlo en la Internacional Sindical Roja, rama gremial que buscaba ejercer una coordinación desde pautas menos centralistas que la Internacional Comunista.

El congreso fundacional de esa Internacional tuvo lugar en agosto de 1921. Allí viajaron Américo Ghioldi, en representación del Partido Socialista Internacional, y el anarcobolchevique, Tom Barker, por la FORAV. Entonces eran cada vez más los anarquistas que veían en los bolcheviques a sus enemigos y algunos pidieron que la FORAV expulsara a Sebastián Ferrer (el miembro del Consejo de la FORAV que firmó la credencial de Barker) y a los editores de *El Trabajo*. Desde *La Protesta*, Juan Luis Guerrero y otros anarquistas denunciaron que el viaje de Barker y la línea editorial de *El Trabajo* buscaban subordinar el movimiento argentino al centralismo soviético. Los sindicatos anarquistas discutieron si ello era contrario a la doctrina y desde 1922 aceptaron la interpretación antibolchevique que había iniciado Antillí —y a la que entonces se sumaban las noticias de la sangrienta represión a los anarquistas en Kronstadt—. Los trabajistas y quienes seguían reconociendo en Lenin y el proceso ruso una auténtica revolución fueron expulsados de la FORAV y de *La Protesta*. Ello les impidió

contar con una inserción en una organización masiva pero no los desanimó en la unificación del movimiento obrero. En busca de ello fundaron junto con socialistas, sindicalistas y comunistas la Unión Sindical Argentina y su órgano *Bandera Proletaria* (1922-1930).

Expulsados los anarcobolcheviques de la FORAV, la III Internacional aceptó que el Partido Socialista Internacional cambiara su nombre por el de Partido Comunista y se erigiera en el único representante argentino. Entre unos definidos comunistas, insistentes en su reconocimiento, y unos revolucionarios anarquistas que ya no orientaban una central obrera masiva, la elección era sencilla. Es más, por entonces la Internacional dejó de apostar por su consolidación latinoamericana desde México para intentarla desde Argentina. En las décadas siguientes Ghioldi y los comunistas argentinos centralizaron la propaganda y las decisiones del continente al tiempo que lograban una importante presencia en el movimiento obrero local.

A pesar de lo imaginado, Rusia lograba consolidar el comunismo en un solo país. Luego de ser sofocadas las insurrecciones europeas, tanto el miedo como el entusiasmo revolucionarios decrecían y se cristalizaban nuevas identidades políticas. Las diferencias entre anarquistas, socialistas y comunistas seguirían dando lugar a numerosos folletos, revistas y libros, pero ahora ellos se definían a partir del apoyo o distancia a una revolución que se asumía marxista y que en las próximas décadas mostraría su poder, primero, contra el fascismo y, luego, contra el liberalismo.



IMÁGENES DE [Y PARA] LA REVOLUCIÓN

POR MAGALÍ ANDREA DEVÉS¹

Al cumplirse dos años del estallido de la Revolución rusa, y a propósito de una polémica sobre la figura del crítico profesional de arte como formador de conceptos, discursos y un gusto medio, desde las páginas del diario *La Montaña* un grupo de artistas que firmaba como “los cinco” aseveraba: “Y nunca como ahora tan difícil la tarea de juzgar, como ahora, en que no hay escuelas, en que un inmenso soplo vivificador enriquece al arte, y en que este, desde la estepa al trópico, pone lo mejor de sí mismo al servicio de la causa de los desheredados. Nunca tan difícil y equívoca la crítica como en el momento actual en que los viejos ídolos del mundo se derrumban, y en que los hombres tienen que definirse en forma terminante. ¡Con la revolución, o contra la revolución!”.

Haciéndose eco del proceso revolucionario iniciado en la Rusia de los soviets, los artistas que se encontraban detrás de la firma de “los cinco” —José Arato, Adolfo Bellocq, Guillermo Facio Hebequer, Agustín Riganeli y Abraham Vigo— buscaban irrumpir en el campo artístico nacional pronunciándose a favor de los desheredados. Pero, más interesante aun, es que en esas líneas asoma la potencia transformadora que significaba la Revolución de Octubre en su dimensión cultural, y que provocó la polarización de posicionamientos, profundizados a nivel local a partir de la Semana Trágica de 1919, año que coincide con la publicación de este escrito.

En efecto, por esos años, varios artistas alineados en el universo de las izquierdas iniciaron una línea de exploración en su

producción gráfica que se vio suscitada por una serie de interrogantes: ¿cómo incentivar una revolución desde las artes?, ¿cómo hacer un arte revolucionario?, ¿cómo lograr un arte para las masas? A partir de estas preguntas, una tradición gráfica de protesta, ya existente por entonces, se amplificó y reelaboró sus planteos temáticos, estéticos y políticos tras la conmoción del estallido revolucionario y a lo largo del período de entreguerras. Una parte de los integrantes del grupo de “los cinco” formularon algunas de las respuestas más originales. En algunos casos, como el de Facio Hebequer y Abraham Vigo, estas derivaron en una gradual radicalización estético-ideológica signada por los avatares de las lucha políticas a nivel local y el acercamiento a una sensibilidad comunista, cuyo resultado se observa en la complejización de una tradición gráfica de izquierda caracterizada por la denuncia y la insurrección como dos caras de la misma moneda.

Entre la denuncia y la insurrección

Por intermedio del escritor Alfredo R. Bufano, Elías Castelnuovo llegó al estudio de Facio Hebequer, a quien calificó con empatía como un artista “de filiación ácrata”. Desde aquel momento ambas figuras iniciaron una larga amistad que, probablemente, haya funcionado como el nexo entre “los cinco” y los escritores del grupo de Boedo, cuya actuación conjunta se trasluce en las publicaciones de la editorial Claridad.

Con el propósito de ofrecer herramientas político-culturales a los sectores con pocas

¹ Historiadora, investigadora y docente.

posibilidades de insertarse en el sistema educativo, esta editorial, fundada por el socialista Antonio Zamora, incorporó en sus publicaciones una gran cantidad de imágenes elaboradas, sobre todo, a partir de las diferentes técnicas de impresión que ofrecía el grabado (aguafuerte, xilografía, litografía, linóleo, etc.). De esta manera, el grabado no solo se presentaba como un recurso eficaz para atraer al lector, sino también como un medio multiplicador a bajo costo de obras gráficas que, situadas en determinados contextos de producción, promovían una serie de mensajes políticos y debates estéticos. Para muchos artistas, con la Revolución rusa había llegado la hora de visibilizar las injusticias, la desigualdad y la exclusión social como un paso previo a la sublevación allende las fronteras soviéticas. Esa búsqueda de visibilizar para transformar encontró en la confluencia de los discursos visuales y textuales una de las herramientas más eficaces para atraer, conmover y movilizar al lector.

A diferencia de la primera etapa de *Los Pensadores*. *Publicación semanal de obras selectas* (1922-1924), en la cual la mayoría de los grabados estaban destinados a ilustrar los retratos de los autores que formaban parte de la colección (Émile Zola, Máximo Gorki, Henri Barbusse, Elisée Reclus, Vladimir Lenin y León Tolstói fueron algunos de los tantos), en su segunda etapa, cuando *Los Pensadores* modificó su propuesta e incorporó el subtítulo *Revista de selección ilustrada, arte, crítica y literatura*. *Suplemento de Editorial Claridad* (1924-1926), varias de sus portadas buscaron causar un alto impacto visual a través de una estética realista y militante, acorde con la propuesta literaria del grupo de Boedo.

La mayoría de las tapas fueron realizadas por Fasine, seudónimo de Abraham Vigo, quien denunciaba la desigualdad social por medio de diferentes estrategias visuales. En algunos casos, este artista propuso un juego de contrastes, como se observa en la portada titulada *Aquí está prohibido bañarnos*,

en la cual la composición de dos planos delimita y exalta una situación simultánea y antagónica: la vida balnearia de la aristocracia porteña bajo la mirada apesadumbrada de un linyera que, parado junto a su perro, se ubica en los márgenes de la Playa Bristol (figura 1). En otros casos, en diálogo directo con los cuentos publicados en *Los Pensadores*—y como una clara estrategia publicitaria para atraer al lector— Vigo ilustraba escenas o personajes a modo de anticipo y en confluencia con la estética boedista. Ejemplo de ello es la ilustración *Larvas*, que este artista elaboró como adelanto del cuento homónimo de Castelnuovo publicado en el mismo número. En consonancia con la descripción de los personajes, Vigo retrata a los dos niños desclasados que protagonizan el cuento. Por medio del uso de sombras y tonos grises, el artista logra una expresividad que se fusiona con la deshumanización,



Figura 1.



Figura 2.

producto de la exclusión social, planteada por Castelnuovo (figura 2).

El lugar destacado que ocuparon las imágenes gráficas no se agotó en las portadas de esta revista. Al año siguiente de conocer a Facio Hebequer, Castelnuovo le dedicó un artículo en el que lo definió como “un pintor gorkiano” (*Los Pensadores*, nro. 101, 9/12/1924). Al trazar un paralelismo y plantear una suerte de transposición entre la literatura rusa y la obra visual de Facio Hebequer, Castelnuovo expresaba su admiración hacia este artista local que, al igual que Máximo Gorki, lograba una estética realista—encarnada en los atorrantes, las prostitutas, los harapientos y los mendigos—, gracias al contacto directo que mantenía con el pueblo. Para Castelnuovo, la pintura de Facio Hebequer se apoderaba del lector y producía una impresión igualmente desconsoladora. Pero sus apreciaciones iban más allá. Además de enfatizar la admiración que

le merecían las estampas de Facio Hebequer, la operación de Castelnuovo consistía en dejar sentada las coincidencias temáticas y estéticas entre su literatura y la obra gráfica de este artista frente al lanzamiento de su segundo libro: *Malditos*. Preparada para la colección Los Nuevos de la editorial Claridad, dirigida por el mismo Castelnuovo, esta obra incluía ilustraciones a cargo de Facio Hebequer, como fue anticipado en *Los Pensadores* con la publicación de las aguafuertes del artista y la reproducción de la portada del nuevo libro (figura 3).

El mismo recurso sería utilizado por Leónidas Barletta, pues, antes de publicar *Los pobres* para la misma colección, también destinaría una nota a su ilustrador José Arato, a quien denominaría, en este caso, “el pintor de la miseria” (figura 4). Con una caracterización muy parecida a la que Castelnuovo había hecho de Facio Hebequer, Barletta exaltaba la evidente intención social que atravesaba la obra de Arato, lejana de un arte concebido como placer, “que solo disfruta una minoría

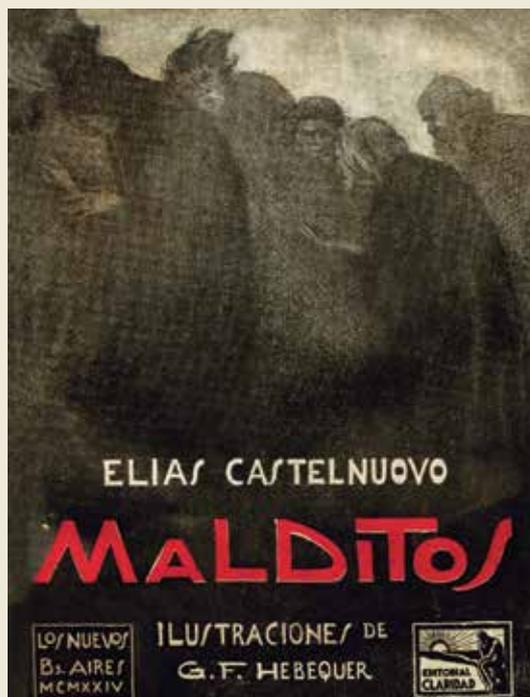


Figura 3.

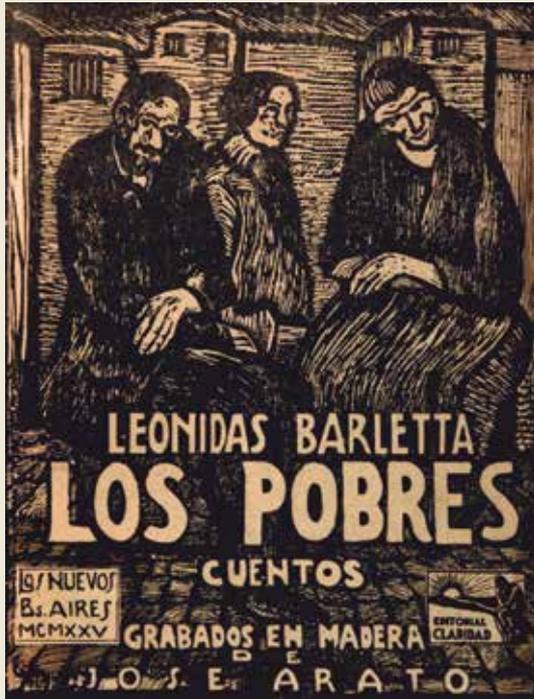


Figura 4.

pervertida, mientras los más son vejados y explotados” (*Los Pensadores*, nro. 102, 23/12/1924).

En ambos libros, la pluma y las estampas de las duplas Castelnuovo-Facio Hebequer y Barletta-Arato dialogan, se complementan y potencian como alianzas estratégicas centradas, por un lado, en concepciones estético-ideológicas compartidas que buscan la denuncia sistemática de la desigualdad social y, por el otro, en una experimentación formal que tensiona las convenciones realistas, ya sea por el exceso de las descripciones de los personajes y situaciones o por el expresionismo que portan las ilustraciones. Como un modo específico de intervención política e intelectual, y con el propósito de sentar una nueva posición al servicio de la causa de los desheredados, estos artistas nucleados en el grupo de Boedo propiciaron un “arte para el pueblo”, distanciado tanto de los representantes del “arte nacional” como de los del “arte de vanguardia”.

Esos gestos de denuncias visuales y

textuales fueron muchas veces criticados por su carácter pesimista sin considerar que, para estos artistas y escritores, el pesimismo era una condición previa a la sublevación: había que estrujar al lector para incitar la insurrección y soñar, así, con la revolución. Esa utopía revolucionaria se intensificó en la nueva revista lanzada por la editorial de Zamora: *Claridad*. *Tribuna del Pensamiento Izquierdista*. Esta publicación, derivada del proyecto anterior (*Los Pensadores*), anunció en su primer número la necesidad de estar más cerca de las luchas sociales; un mensaje que se potenciaba con la ilustración seleccionada para su portada, en donde una antorcha sostenida por un brazo rígido irradiaba un destello de rayos como símbolo de redención política, social y cultural (figura 5). Asimismo, esa antorcha que aparece como una guía hacia la emancipación social podría complementarse con otra tapa de alto



Figura 5.

impacto visual, en la que, con una estética distinta, próxima al cubofuturismo, Abraham Vigo hace brotar entre una estructura de edificios yuxtapuestos un grito de barricada que bien podría ser un gesto de resistencia o un llamado a la lucha y a la libertad. Un gesto político que se exacerbaría frente al nuevo contexto abierto en la década de 1930.

La revolución en la gráfica

Hacia fines de la década de 1930, frente al escenario abierto por el impacto de la crisis económica de 1929 y las consecuencias del golpe cívico militar del 6 de septiembre de 1930, ciertos sectores de izquierda sostenían que el capitalismo había entrado en un colapso terminal al tiempo que observaban a la Rusia de los soviets como el modelo a seguir. A ello se sumaba el avance de los fascismos y la amenaza, real o imaginada, de la emergencia de un "fascismo criollo". En este contexto, para muchos intelectuales, escritores y artistas atraídos por una sensibilidad



Figura 6.



Figura 7.

comunista, no solo era un deber repudiar la neutralidad intelectual sino que también era imprescindible asumir un compromiso con la causa revolucionaria soviética, pues allí la cultura estaba al servicio del pueblo. Estos posicionamientos, que se vieron reflejados en un vasto conjunto de revistas culturales, fueron acompañados por una prolífica producción de grabados, técnica que se había erigido como la mejor alternativa para intervenir en la arena política. En su manifiesto "Incitación al grabado" (1933), publicado en la revista marxista *Actualidad artística-económica-social*, Facio Hebequer afirmaba que el grabado era el refugio perpetuo de los artistas rebeldes, era una salida hacia la libertad y el anticipo de la pintura mural. Para este artista, era la forma más apropiada para la plástica de masas porque: "La voz del grabado es hoy una voz que llega a todos los rincones del mundo. La facilidad

de su reproducción, que la técnica moderna ha perfeccionado maravillosamente, facilita la multiplicación fantástica de la estampa, conservando lo mismo su nobleza artística y espiritual”.

Estas convicciones acerca de las cualidades del grabado eran reforzadas por Facio Hebequer a partir del trazado de una genealogía de grabadores europeos que se constituían como citas de autoridad. Entre los contemporáneos aparecen los nombres de Ernst Barlach, Käthe Kollwitz, George Grosz y Frans Masereel, quienes, sin dudas, fueron una importante influencia para la producción gráfica de muchos artistas locales. Basta con recorrer algunas publicaciones como *Actualidad*; *La Protesta. Suplemento Quincenal* (figura 6); *Nervio. Crítica, Artes y Letras*; *Contra. La revista de los franco-tiradores*; *Brújula e Izquierda. Crítica y Acción Socialista* (figura 7),

entre tantísimas otras, para advertir la gran circulación de la obra de aquellos artistas (y otros), que contribuyeron a la consolidación de un repertorio iconográfico combativo en el ámbito local. Muchas de estas imágenes de barricada, de protesta y de rebelión en pos de la revolución eran tomadas, con o sin permiso, de publicaciones europeas como *Monde. Hebdomadaire d'information littéraire, artistique, scientifique, économique et sociale*. Sin excluir a la denuncia como paso previo a la sublevación, se produjo en estos años una radicalización estética e ideológica en varios artistas del campo local que redundó en un desplazamiento hacia temas y símbolos revolucionarios representados en marchas, combates, banderas y puños alzados (figura 8).

La revista anarquista *Nervio* condensa esta retroalimentación entre las imágenes



Figuras 8.

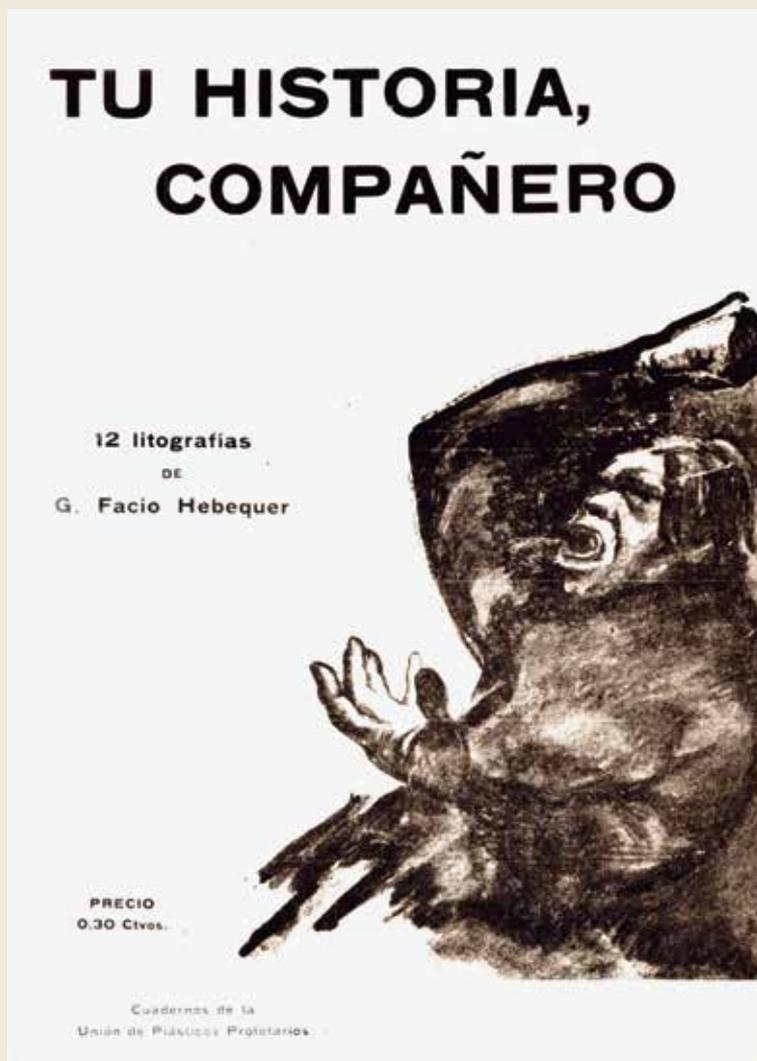


Figura 9.

europas y las producciones locales. Allí se reprodujeron obras de artistas europeos como Dirk Kerst Koopmans, Frans Masereel, Käthe Kollwitz, George Grosz, Albert Daenens y del medio local fueron frecuentes las colaboraciones de Facio Hebequer, Víctor Rebuffo, Demetrio Urruchúa, Pompeyo Audivert, Emilio Mas, José Planas Casas y el artista exiliado Clément Moreau, entre otros. La imagen gráfica, acompañada de notas que debatían sobre los cruces entre el arte y la política, el arte y la revolución, ocupó un lugar destacado en las páginas de esta revista.

El papel y la función social del artista también

fue tema de debate. En las páginas de *Nervio*, Facio Hebequer fue reivindicado por su compromiso y celebrado, sobre todo, como el autor de la serie de grabados *Tu historia, compañero* (figura 9), que, según Pichón Rivière, era susceptible de ser comparada con la obra del artista belga Frans Masereel *25 imágenes de la pasión de un hombre* (figura 10). Si bien el álbum de litografías había sido preparado para ser lanzado el 1º de mayo de 1933 en una edición popular publicada por los Cuadernos de la Unión de Plásticos Proletarios, distribuido luego por *Actualidad* y *Soviet*, primero fue anticipado,

en dos entregas, en *Nervio*. Así, la revista acompañaba la lucha de clases más allá de las diferencias que podía poseer con otras familias políticas de la izquierda argentina, pues en esta obra de Facio Hebequer se evidencia la radicalización estético-ideológica transitada por el artista, vinculada con una sensibilidad comunista.

En las primeras estampas, Facio Hebequer se detiene en la descripción de las condiciones de vida de una familia obrera y sus padecimientos apelando a una estética pesimista característica de los años veinte y tributaria del expresionismo de Käthe Kollwitz. De esta manera, el artista deja al descubierto

los tormentos sufridos por los trabajadores y sus familias, y genera una sensación que oscila entre la piedad y el espanto, aunque su propósito era denunciar una situación de opresión causada por el antagonismo de clases e incitar a la acción por medio de consignas provenientes del programa marxista. En efecto, la séptima litografía de la serie se complementa con la incorporación de la célebre proclama del *Manifiesto comunista*: “Trabajadores del mundo, uníos”. Este llamado a la lucha es potenciado en las próximas estampas, en las cuales entre frases como “¡revolución o muerte!” se cruza el grito de un obrero con su puño alzado y un colectivo



Figura 10.

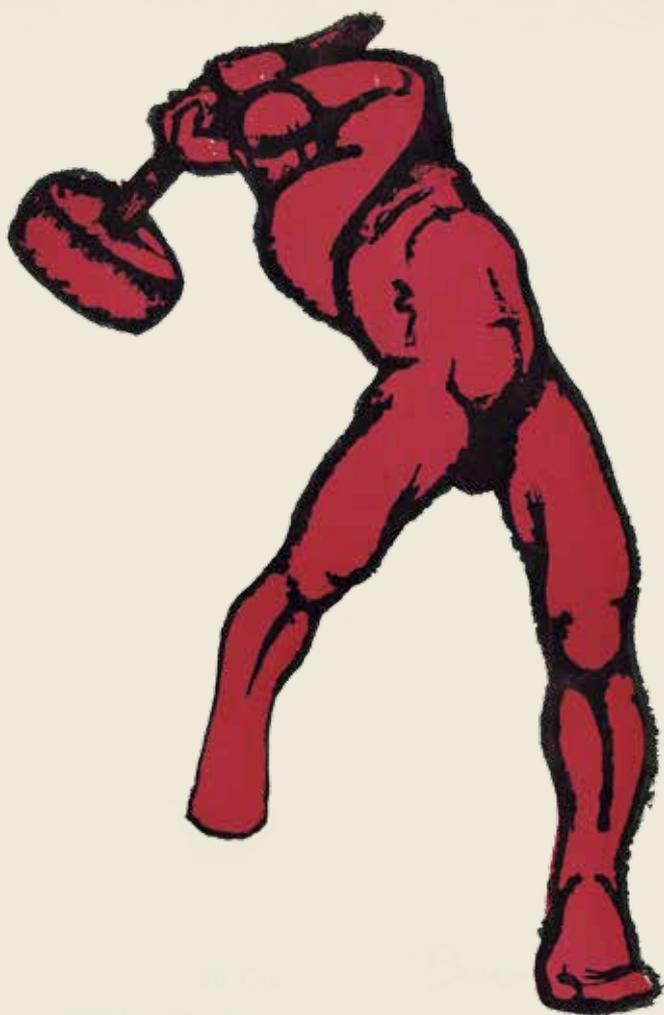


Figura 11.

de hombres que avanza “hacia la conquista del mundo”, pues, como sostiene Facio Hebequer en una de las últimas imágenes, “por sobre las ruinas del capitalismo, el proletariado, finalmente, echará los cimientos de una nueva sociedad, sin clases...”.

Estas litografías de carácter más combativo alcanzaron una gran circulación en las publicaciones de izquierda (figura 11) y contribuyeron, de este modo, tanto a la representación de Facio Hebequer como referente de la militancia artística y política como a la construcción de un repertorio iconográfico de izquierda. Hace algunos años, en el estudio introductorio al célebre libro de Karl Marx y

Friedrich Engels, Eric Hobsbawm señalaba que “el *Manifiesto Comunista* como retórica política tiene una fuerza casi bíblica” dada su irresistible potencia literaria. En este sentido, podría añadirse que, llevada al plano visual, esa retórica revolucionaria se amplifica redoblando aquella fuerza. Tu historia, compañero se constituye así como un ejemplo concreto de las búsquedas y exploraciones por articular arte y revolución surgidas a partir de las resonancias de la Rusia de los soviets en Argentina.



Presidente de la Nación

Mauricio Macri

Ministro de Cultura

Pablo Avelluto

Director de la Biblioteca Nacional

Alberto Manguel

Subdirectora de la Biblioteca Nacional

Elsa Barber

Directora General de Coordinación Bibliotecológica

Elsa Rapetti

Director General de Coordinación Administrativa

Marcos Padilla

Director General de Acción Cultural

Ezequiel Martínez

Coordinación de la muestra: Javier Planas, Florencia Ubertalli. **Equipo de investigación:** Nicolás Reydó, Lucía Cytryn, Lautaro Bianchi, Verónica Gallardo. **Diseño:** Maia Kujnitzky. **Fotografía:** Silvana Truant, Daniela Carreira. **Retoque de imagen:** Máximo Fiori. **Montaje:** Christian Torres, Susana Fitere, Solange Porto, Úrsula Aníbal. **Producción:** Martín Blanco, Pamela Miceli, Juliana Vegas. **Edición:** Área de Publicaciones. **Dirección de Gestión y Políticas Culturales:** Natalia Garnero.

Asesoramiento y colaboración de CeDInCI (Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierda): Horacio Tarcus, Eugenia Sik, Natalia Bustelo, Magalí Andrea Devés.

Textos: Claudio Ingerflom, Georges Didi-Huberman, Borís Akunin, Omar Lobos, Alejandro González, Augusto Piemonte, Florencia Ubertalli, Luis Alberto Romero, Horacio Tarcus, Lucía Cytryn, Natalia Bustelo, Magalí Andrea Devés.

Traducción: Patricia Castro (texto de Georges Didi-Huberman) y Omar Lobos (texto de Borís Akunin).

Áreas de la Biblioteca Nacional que intervinieron en la muestra y el catálogo: Dirección de investigaciones, Diseño Gráfico, Publicaciones, Dirección de Gestión y Políticas Culturales, Exposiciones y Visitas Guiadas, Archivos, Hemeroteca, Libros, Montaje, Preservación, Prensa y Comunicación, Producción, Relaciones Públicas, Sonido e Iluminación, Infraestructura y Servicios.

Agradecimientos: Carlos Brega, Abel Alexander, Adel Fauzetdinova, Lucio Mafud.



Biblioteca Nacional
Mariano Moreno



**ALTA
PIAZZA**

CASA DI APPARTAMENTI

PFÖRTNER
CONTACTOLOGIA - OPTICA



HUMBERTO CANALE
— PATAGONIA ARGENTINA —
Bodega Familiar Desde 1909

B O D E G A
DANTE ROBINO
— DESDE 1920 —



Biblioteca Nacional
Mariano Moreno